

Romance del vapor y el humo

Goyeneche, Jorge
Romance del vapor y el humo / Jorge Goyeneche. - 1a ed. - La Plata:
Parque Moebius, 2021.
128 p. 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-47127-3-8

1. Literatura Argentina. 2. Relatos Personales. 3. Narraciones. I. Título.
CDD A860

ISBN 978-987-47127-3-8



©Ediciones Parque Moebius

parquemoebius@gmail.com

www.jorgegoyeneche.com.ar

La Plata, Buenos Aires

Tapa: Emmanuel Orezzo

emmanuelorezzo@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley11723

Impreso en Argentina

Romance del vapor y el humo

Jorge Goyeneche

A mis tíos: Juan, Lidia, Porota, Nilda, Carlitos y Raúl.

Una maravillosa liga de superhéroes.

...ex oculis subito, ceu fumus in auras
ommixtus tenuis, fugit diversa.

Se desvanece como el humo en el aire tenue. Virgilio

I

“La culpa la tuvo Londres”, piensa ahora desparramado en la calle. Ahí está, en un escorzo casi sin dolor, como mal dibujado, en el piso de la bicisenda. La chica del reparto venía correctamente. Él cruzó por la mitad de la cuadra y mirando para el lado contrario. O sea que la culpa, pensará después, es binacional: que los ingleses circulan al revés y que acá no nos molestamos en ir hasta la esquina.

Mientras se juntan curiosos y alguno que intenta ayudarlo, él sigue mirando hacia el sex shop.

Ahí, en el suelo gris, delimitado por el cordón brillante al sol y la línea amarilla, un brazo señala al oeste, las piernas parecen estar trepando, todo el conjunto es calcomanía o tatuaje, porque apenas pestañea, apenas se le quedó en movimiento el índice de la mano derecha apuntando hacia el cartel luminoso mientras un ojo abierto hace juego con su brazo quieto y el otro titila al ritmo de su dedo y las palabras Sex Shop Edén. No lo toquen, oye, como una admonición contra la pornografía. La ambulancia se demora, varios individuos lo cercan en una espiral donde los más preocupados y los más morbosos están encima, los curiosos desaceleran su desplazamiento, alguno filma, otro dice pobre. Como primera señal clara de salud, empieza a sentir vergüenza. No se puede levantar, nota que se le ha bajado un poco el pantalón y se le ha subido en rollo la remera. Se le cruza la

imagen clásica del plomero y su raya. Hay algo en la cabeza que no es dolor sino la gorra verde que le regaló la tía antes del viaje a Europa. Tan difícil de entender como los desplazamientos de las capas tectónicas: la gorra en su lugar, el pantalón exhibicionista. Las preguntas múltiples lo remiten a tribunal examinador. Y no sabe las respuestas. Para colmo todos dialogan también entre ellos. La chica del delivery con su enorme mochila cuadrada trató de acercarse. Finalmente alguien lo palpó empezando por el cuello, unos suaves movimientos, luego los brazos; las preguntas llegaron cuando lo hicieron sentarse. Ahora empezaba a verse, a reconocer el resto de su cuerpo y a localizar los rincones doloridos en escala descendente: la mejilla y la oreja izquierdas, el codo, la cadera. Por encima de todo flotaba el desconcierto y la humillación, estúpido que cruza por cualquier lado y mira al revés. Mejor ni decirles a los que lo rodeaban que se confundió con la circulación londinense.

Y entonces llegó el cálculo, lleno de números. Dejó de sentirse quieto, todo se movía pero no estaba mareado. Comenzó a percibir un armónico desplazamiento, como si una cámara lo tomara desde un dron que no solo se iba alejando hacia arriba, también giraba. Lo veía apenas con el rabillo del ojo. Recordó: su primera experiencia fue en un tren que se detuvo en la estación, junto a otro que seguiría en sentido contrario. Su vagón se movió, según veía por la ventanilla. Y de inmediato, la cabeza de cinco años descubrió una maravilla: no era su tren el que se movía sino el otro. Él, niño, notó la quietud en movimiento. Ahora volvió la reiterada experiencia. Pensó, y recordó con extraña precisión tal vez producto del golpe o de la sorpresa, que

la tierra rota a 1700 km por hora en el Ecuador, y allí donde el yace, en esa calle confusa con circulación no londinense, a 1200; se traslada a más de cien mil kilómetros/hora en torno al sol. El dron descendió un poco, se dirigió más hacia su izquierda y entró en su campo visual. Mientras tanto le seguían llegando números como en un documental de la Nasa: todo el sistema solar se desplaza y tampoco se queda quieta la galaxia ya que el universo se expande a 74.3 km por segundo, y acelerando. Recordó aquel tren inquieto.

Se abrió ahora en torno, el grupo que casi lo ahogaba, para dar paso a dos personas, una doctora y un enfermero, y por ese hueco entrevió al muchacho con la remera de la lengua Stone recibiendo en su mano en alto algo como una pequeña nave de cuatro hélices que descendía. Sí, estoy bien, no, no me duele nada. Lo ayudaron a levantarse, a ponerse en pie, después de algún ritual de comprobación médica. Le movían la cabeza con precisión, algo hizo la doctora con su brazo, le pidió que mirara cierto objeto (¿medalla, estetoscopio?). Él se acomodó la ropa, se bajó la remera y se subió un poco el pantalón, en el bolsillo trasero notó que estaba el celular. Le alcanzaron una mochila, que había volado un metro (un metro más a todos esos movimientos), la abrió, vio el paquete envuelto en papel oscuro, junto a la campera innecesaria hecha un bollo. No había muertos, sangre, pelea, de modo que los curiosos se retiraron. Solamente quedó el rollinga lanzando al aire nuevamente su juguete. Le pareció ver a las dos personas que lo habían atendido subirse a la ambulancia, a unos cincuenta metros. No entendió por qué se habían estacionado tan lejos. Ya partían, lo supo por las luces que golpeaban las paredes de los edificios y el sonido, que se

fueron perdiendo. Todo a la vez, los restos del dolor, dar las gracias, guardar el celular, y el recuerdo de otro ciclista que se había detenido para ofrecerle ayuda mientras él miraba el mapa buscando la calle precisa de la residencia, Malet Street, a unas cuadras de Russel Square. Estaba a solo cien metros y cruzaría durante un tiempo prolongado esa esquina que sí tenía escrito en la bisisenda la indicación hacia dónde mirar. Ahora la chica del reparto se le acercó y le preguntó cómo estaba. Intercambiaron sonrisas y ella evidentemente más tranquila, retomó sus urgencias. La siguió con la mirada y pensó que todo volvía a su desplazamiento habitual. Lo contradijo, desde la vereda de enfrente, un hombre con un largo saco rojo y un exótico sombrero del mismo color, un bonete tal vez, que se bamboleaba por encima de la multitud; daba pasos raros, se quedaba fijo como estatua viviente, luego levantó una pierna y se pareció a un ave haciendo el cuatro. Justamente él tenía que cruzar, esta vez lo hizo con el semáforo correspondiente y por la senda peatonal. Aunque el extraño disfrazado le llamaba la atención, tuvo un escozor nervioso, como un cosquilleo hasta que llegó a la seguridad de la vereda. No registró que a su izquierda la calle estaba cortada por unas doscientas personas, que no circulaban autos o habían sido tapados por la marea desapareja de peatones, no percibió el humo negro, agujero fugaz, quizás porque ahora el viento lo llevaba hacia el otro lado. El de rojo apenas se había desplazado uno o dos metros en todo el tiempo que a él le llevó cruzar. Cuando estuvo a la par sintió la voz metálica, levantó la cabeza y vio un grupo de personas en el balcón del tercer piso. Una mujer tenía un megáfono y evidentemente le estaba indicando los movimientos al del bonete. Notó en ellos un aire de alegre concentración en la tarea. Se sintió un poco

avergonzado como para seguir mirándolos, tenía que recuperar el tiempo perdido con el accidente, creyó ver que otro del grupo hacía anotaciones, y dobló la esquina como quien pasa la página.

Había por lo menos algo más arriba y algo más abajo. Ese barrilete electrónico con su camarita, simpático si se lo desvestía de toda idea de control, con sus cuatro hélices y su andar ondulante, en el que nadie reparaba desde el farragoso moverse por el centro de la ciudad con los ojos metidos en el recorrido o en las pantallas, emitía algún brillo espejado del sol que a veces se colaba entre paredes o de carteles, que titilaban invitando a entrar a los negocios. Barría la cruz de cuadras desde la esquina como eje y unos cincuenta metros por cada travesaño, llegaba justamente a posarse sobre el desparramado, la bicicleta, la onda centrípeta de curiosos, en el momento exacto. Y allí se detuvo por decisión del joven que manejaba el control remoto y que había encontrado en el evento algo especial, distinto de la masa que iba y venía sin espuma ni oleaje. Como una boya bamboleó y le llamó la atención, luego fue directamente un faro adonde fijar el foco de la filmación. Con precisión técnica pasó de la toma general hasta un acercamiento en círculos, a encontrar el ángulo difícil que permitía esquivar a los curiosos y mostrar al caído en todo su desparramo en escorzo. Había estado grabando sin pasión escenas del corte, un piquete habitual con banderas y reclamos, que no le aportaban nada especial al video porque el proyecto inicial del equipo había sido el registro de escenas infrecuentes, de algún hecho particular. Y aunque los accidentes ocurrían con excesiva regularidad y formaban parte del paisaje, este encontronazo de bicicleta y distraído tenía un toque pintoresco al estar desprovisto de tragicidad; en seguida notó

que no había sangre ni golpes traumáticos. Casi un gag, con unos raspones, pero de efecto inmediato sobre los transeúntes absorbidos en sus rutinas. De fondo, las sirenas de la ambulancia fueron sumándole un dramatismo discreto porque debieron detenerse a sesenta metros tras las gomas con su humo negro y los militantes apiñados. La luz también aportó su cinematografía al colarse giratoria sobre las caras. Acomodó ligeramente el dron para que captara la esquina, donde se generó un segundo eje humano curioso, el avance en ariete de dos personas con guardapolvos anaranjados entre individuos que hacían paso ante la exclusividad de estar primeros en el corredor, la joven del delivery recompuesta ya, y el protagonista generador del medio de la escena. El humo negro por momentos subía recto para bailar de inmediato movido por el viento leve que se encajonaba en las calles, viento de ciudad que va y viene caprichosamente. En sus subidas y bajadas, jugaba con el dron. Las imágenes, observadas minuciosamente por el equipo días después, les habían proporcionado una gran emoción porque tenían todos los ingredientes: luces, sombras, desplazamientos humanos, gran cantidad de extras, murmullos, gritos, sirenas. Seguramente, dijo Natalia, vamos a hacer un buen trabajo.

El ojo de ese pequeño dios, alguna vez quizás parte de algo más grande, ahora solo ahí en ese radio. Un ojo itinerante, atado a la mano inalámbrica del hombre, como perro de paseo, con más o menos sogas. Ve desde ahí arriba lo que viene y lo que va, antes de que los seres que deambulan se enteren. Apenas antes, unos minutos antes. Con la memoria fijada por voluntad ajena. Historias transferibles. Quizás pueda unirse a otros y formar una nueva mitología, pareja, sin matices, de divinidades todas

iguales aunque deambulen algunas por encima de las nubes y otras a ras del suelo. Pero sus observaciones podrán vincularse y funcionar exclusivamente por decisión de seres precederos. Siendo ellos también ojos con fecha de vencimiento. Gigante empero en la veneración que produce; todo es eso, la vida se dice depende de eso, y eso es el ápice de la evolución. Seres etéreos de mirada perfecta con acceso a escenas, medidas, temperaturas, estados de ánimo individual y social. Casi tan incorpóreos como ángeles. Que no desampan, que guardan a toda hora. Faros que registran, que anuncian dioses. Y después toda esa masa de imágenes y sonidos, podrá ser arte o negocio, y especialmente poder.

Ahora, el relato del pequeño todopoderoso, era analizado, copiado y manipulado, por un grupo de jóvenes que preparaba un documental. La idea no era original pero su eficacia dependía del aprovechamiento que se hiciera del hecho de poner cámaras sobrevolando un radio de cincuenta metros en una zona común de tránsito citadino. Durante una semana.

El primer día había sido glorioso con sus olas de gente, su dramatismo incruento, una bicicleta y un joven en breve vuelo destacado por su gorra verde como un punto en el mapa. El GPS que tejió una tía. Y luego, al seguirlo, la protesta de bombos y carteles y gomas quemadas, era anécdota lateral, despreciada por ocelo que tenía su centro en el accidentado. Había cruzado y volvía sobre sus pasos por la vereda de enfrente donde se le sumaba un raro sombrero rojo, ahora convertido en protagonista. Y el sonido de las ambulancias distantes daba paso a las indicaciones del megáfono, mientras el punto verde se perdía fuera al doblar en la esquina. La cámara Stone había vuelto a

ascender y había tomado su partida a la distancia. Luego, había viajado para registrar los movimientos humanos del balcón que de ser vistos por alguien se habrían interpretado como vocero, líder y acompañante de la protesta. En cambio, bajo el ojo del angelito de leds, se entendía con facilidad que la actitud era otra, no había tensión en los cuatro o cinco, sino diversión. Y ya cenital hizo un acercamiento del zoom. Espió el papel donde uno anotaba; eran dos columnas con marcas que luego serían miradas con atención en el estudio porque ahora urgía desplazar el dron para que tomara al grupo en perspectiva, una diagonal que mostrara sus cuerpos en movimiento. La que estaba junto al del megáfono, hacía pasos de baile, divertida y hablando o cantando hacia ambos lados. La pareja a su derecha, señalaba alternativamente al hombre del raro bonete rojo y luego hacía indicaciones al copista. El del sombrero los miró y algo preguntó en medio del ruido callejero, tres y dos, gritó el megáfono, y el disfrazado se quedó inmóvil un par de segundos, como pensativo, y luego empezó a saltar y caminar de manera inesperada. A su alrededor nadie le prestó atención, salvo para esquivarlo. Al minuto y medio se detuvo, miró hacia el balcón, lo aplaudieron, le arrojaban besos, le indicaron todo bien con el pulgar hacia arriba. Se sacó el gorro, lo plegó y se metió en el edificio. Los del balcón entraron, cerraron la puerta corrediza y seguramente fueron a esperarlo.

¿El ojo aéreo concentra situaciones o las situaciones se exhiben?

Por debajo de los caminantes se movía otro tejido, una red inquieta, no simétrica pero pareja, que a veces sufría un desgarró en su estructura y se precipitaban desplazamientos irregulares.

Esponáneamente fluctuaba y su lisura devenía en curva violenta dando surgimiento a otra materia. No sólo el espacio sino también el tiempo parecían quebrarse, alterarse y esa inestabilidad daba nacimiento a una nueva búsqueda de organización. Aquel indefinido curso que parecía vacío ya que nadie generaba algo distinto a sus hechos cotidianos tales como poner un pie delante de otro y los brazos en sintonía más los ojos en la espalda de adelante, aquella malla de seguridad que los contenía, se desarmó con el hecho nuevo, si bien trivial, pequeño como un punto, y produjo una onda de variación que implicó desde los más próximos hasta un círculo impensado, un límite impreciso. Y como un agente extraño que invade un cuerpo, la red se defendió con una señal para que fácilmente se lo reconociera. Aquella tarea que durante días ocupara sus manos ágiles, esa combinación de hilos de la gama del verde, fue a parar a la cabeza del querido sobrino, y lo acompañó en su viaje al extranjero, su regreso a la ciudad, siendo la marca para que el dron lo ubicara en su territorio acotado. La tía nunca supo nada de esto, solamente pensó con amor y lo expresó del modo que dominaba, las agujas de tejer; así vio la sonrisa, así se abrazó con emoción cuando él se fue, así también miraba cada foto sacada en el segundo piso del bus, cruzando el viejo puente, observando el frente del teatro del Globo, siempre con su gorra verde. Ella murió mientras su sobrino le seguía mandando fotos de bicicletas, Hyde Park, el memorial de Lady Di. Y ahora, que había vuelto, después de ocho meses, la bicicleta seguía formando parte de su historia.

La multitud, desde el aire, ya no es vista como un mar con torbellinos sino como mezcla de piedras y agua, una playa de

cantos rodados extrañamente inquietos. O tal vez, de modo más prosaico, un guiso en el que se destacan pequeños porotos, otra densidad, un caldo espeso en el que los individuos se rozan y contaminan el sabor ajeno. Todo el conjunto se amasa y se desgaja en hebras circulares, y en riadas como flechas que avanzan hacia lo mismo. No hay manos visibles revolviendo. Solamente un ojo mecánico que recorre y elige sectores y rumbos. Cómo saber si potaje está bien condimentado o es absolutamente soso. El calor del pleno verano lo cocina, los humos negros lo adoban si sopla el viento en su dirección. Y deja ver, de a ratos, según el capricho del aire, tres puntos de colores diversos. Verde protagonista, amarillo del sol velado, y de manera lateral el rojo lúdico.

Cuando dobló en la esquina ya no lo registraba la cámara de Natalia y su grupo, el calorcito de la lana con infinitos tonos de verde parecía activarle la circulación. Las venas, las arterias, todas las terminales se dilataron por pura física, y los recuerdos, las emociones, se agitaron, se movieron, desplazaron el pequeño accidente de los últimos minutos, y lo inundaron cálidas imágenes de las manos compositoras que transformaban hilos en abrigo a la misma velocidad que la tía usaba para preguntarle sobre su viaje inminente, sus estudios, si estaba seguro de que le alcanzaría la beca para comer bien, vas a estar cerca del centro o en las afueras, y el concierto de sus dedos urdía y urdía según una partitura clásica. Una ópera, pensó y rio: la tía gorda en el centro del escenario, casi inmóvil salvo sus manos, y toda ella una voz que monologa apasionadamente, el decorado es sobrio: la cocina con su pava silbando suave de fondo, unas galletas sobre la mesa y tres sillas, donde sobraba una desde la muerte

del tío. Luego sobrarían dos. Se lo había dicho antes del viaje, hasta que vuelvas me va sobrar esa, voy a aprovechar para cambiarle el relleno al almohadón. Cuando volvió sobran también dos, aquella no se usaría. Eran graciosos, uno de cada color, el de él verde, el de la tía azul, no se usaba hacía ya como diez años el rojo. No había estado enferma la gorda, solo una leve diabetes, y prácticamente lo había empujado dentro del avión, pero de todos modos le dolía no haberla sostenido de esas manos cuando la internaron de urgencia. Le dijeron que no sufrió, fue todo muy rápido: dos días de fiebre, luego un infarto. Volvió de una soledad a otra. La casita seguía teniendo aún sus olores. Un poco a humedad en el pasillo, las alfombras del dormitorio todavía con un dejo a desodorante de ambiente, los jabones. Su almohadón estaba impecable, seguramente lo hizo apenas él se fue, como una oración para que volviera rápido. Cuando verificó que la magia no había funcionado, se puso a hacerle guantes y más gorros. Los encontró en el cajón del medio, esas raras combinaciones producto de los restos variopintos de madejas. Aunque hechos por las mismas manos, le costaría dejar descansar al gorro verde y reemplazarlo por alguno de aquellos a estrenar. Era una señal en la oscuridad, allá lejos caminando por Oxford Street sentía que era un escudo protector para preservarlo ya de los bajones anímicos como de la caída de improbables meteoritos. Más que un casco, un campo magnético, una atmósfera de Júpiter que expulsa o calcina cualquier invasión. Cuando salía de su ámbito de estudio, por un rato seguía la estela de las clases, pero poco a poco se diluía y se afirmaba en su lugar la envoltura de la nostalgia. Había disfrutado sostener la madeja mientras la tía hablaba y hacía pulóveres, escaarpines, enteritos para sus clientes. A fines de cada

otoño destejía lo viejo y lo convertía en una prenda nueva, multicolor. Se había esforzado para guardar diversos verdes que solamente alcanzaron para su gorra. Nada en ella era destacable. Salvo un par de platos sencillos y repetidos, lo demás era falta de gracia, o demasiados elementos mal combinados, más bien encimados, apilados sin criterio, o platos sosos como para sobrevivir en una trinchera. Ni los postres, ni lo salado. Limpiaba la casa y la ropa pero sin entusiasmo de matrona. Tampoco le había leído cuentos cuando era chico. Le encantaba mirar cualquier cosa por televisión, generalmente noticieros morbosos. Le encantaban los chismes, las habladurías de vecinos y famosos. Sus opiniones políticas, sus comentarios sociales iban y venían libremente, contradictorios según el día y las últimas noticias. No podía exhibirse como buen ejemplo, ni como mal ejemplo. Simplemente lo quería, y siempre estaba ahí, al alcance de su mano como un barral de donde asirse, una red para aminorar los golpes, y tenía respuestas laterales que lo sacaban de los conflictos. En lugar de consolarlo o retarlo o animarlo, lo llevaba a otro rumbo con una habilidad innata, sin cálculo, sin manipulación, simplemente tomaba una colectora que lo sacaba de la autopista, atravesaba un puente y el paisaje se les venía agradablemente encima. Ya no está su corpachón ocupando la silla azul ni silba la pava como fondo a su cháchara, sus manos no interpretan el concierto de la madeja y las agujas. Ahora él tendría que hacer piruetas sin red, definitivamente. Una asimetría entre el pasado y el futuro, tal vez un nacimiento. El desgarró generador de mundos.

Él en su silla verde, los codos en la mesa, mira la ventana como si estuviera en un tren detenido. Todo parece inmóvil, ni

siquiera hay viento afuera. Pero sus recuerdos fluyen y paralelamente su razón sabe que se desplazan la tierra, el sistema solar, todo. De ningún modo, aunque se atara al mástil, podría detener la nave. Hay una voz que no grita pero le habla de otra cosa, de pequeñeces, y su hálito tuerce las velas y lo deriva. Hay una lucha entre la pena y el nuevo recorrido. Se puede seguir, piensa, sin dejar la pequeña mochila. No es necesario tirar todo, puede meter ahí lo indispensable. No le hace entonces resistencia al día, a la rotación ni a la traslación. Puede aferrarse al asiento de ese tren, que quiera o no quiera, lo lleva a otro lado.

El tío lavaba, secaba y guardaba los platos con prolijidad. También barría. Juntaba la basurita. A la tía en cambio le gustó pasar la aspiradora por la alfombra de los dormitorios. Era el ruido lo atractivo. Luego, cuando enviudó, hizo la limpieza como hacía todo lo demás. Hasta ahí. Cuando el lavarropas estaba por explotar de sábanas, toallas y calzones, lo encendía. Luego al canasto, del canasto a un amontonamiento informe sobre sillas frente a la estufa. Jamás la plancha. Y se sentaba a tejer, con la radio en programas de parlanchines, no de música. A parir ropita de bebé que regalaba o malvendía. Bufandas como boas. En algún momento le entró la furia del croché y florecieron escarpines. Poné la pava, fue el saludo diario, con esa sonrisa suya que excedía cualquier rutina. La costura también le fue negada por algún dios. Ni un botón. El tío sí sabía, le había enseñado a hacerle el anillo de hilo de modo que quedara separado. La antigüedad de zurcir una media y de solucionar urgencias. Un homo faber que arreglaba muebles con un exceso de cola y clavos o tornillos, cambiaba cueritos y lámparas, ponía grafito en las cerraduras. En él descansó su esposa de las faenas,

tras su muerte no le importó que una habitación quedara en penumbras o una canilla goteara. Con su cháchara y los dedos en movimiento era feliz.

¿Es más notoria la habilidad o la sonrisa? Había heredado ambas. De todos modos en la transmisión hay cambios sutiles. Él no es gordo y su boca entonces adquiere otra intensidad en la cara. Además los ojos de la tía parecían formar paréntesis y la nariz aguileña señalaba hacia abajo. En cambio los suyos, excesivamente claros, distraían. Había en ella una neblina de tristeza que la enaltecía como si luchara por asomarse amable por detrás del velo. Él podía pasar por transparente hasta ahora. No sabía, claro que lo suponía, de quiénes había heredado esos rasgos. Igualmente los niños se parecen incluso físicamente a aquellos que los han criado. El cuerpo era distinto, pero siempre se recuerda y reconoce a alguien por la cara y sus gestos, que eran transcripción de ella, copia fiel certificada. Del tío, había aprendido a valerse por sí mismo para las urgencias domésticas. Reparar, acondicionar, reconvertir con poco, un metro de cable para destapar un caño, una pérdida se emparcha con una tira de cámara, pulir con vinagre, conectar. Y la sabiduría tradicional para volver a guardar tornillos o clavos en la lata correspondiente con un embudo de papel, o para nivelar un estante con bolitas, aprovechar cada resto oxidado, cada fósil de plástico. Ambos le proporcionaron alegría para la cara y las manos. Es un joven, un adulto, gentil, dispuesto a ayudar. Aunque absolutamente infortunado con las plantas. La máxima habilidad de la tía, quizás porque les hablaba, porque las regaba con precisión y las ubicaba en el lugar exacto de la casa sin parque. Lazo de amor; cactus diferentes, incluidos un par de

lithops, un macetón en el ángulo del comedor que reventaba de jazmines, y en el patio tachitos, frascos, viejas macetas y nuevas, todo desbordante de naturaleza. La sogá del tendedero era una declaración de principios con sus hojas siempre verdes que crecían desde algún lugar entre la fronda del piso, trepaban por la pared y ocupaban la línea donde quizás nunca haya habido una sábana secándose. Una prolongación de su sonrisa y de la exuberancia de su cháchara. En el cantero de la vereda, donde hubo un árbol viejísimo que fue extraído por decisión municipal, plantó un gajo de gomero que en pocos años se convirtió en hermoso gigante. De propia cosecha hacía los tés de áloe, de cedrón, manzanilla, y las ensaladas de tomatitos y albahaca, orégano. El perfume del patio gobernaba la casa. Ahora, ve su gorra hecha de variados verdes sobre la cama, y piensa que a la tía la traicionó el subconsciente y le plantó vaya a saber qué especie sobre su cabeza. Otra demostración más de su raro amor. Y una teoría sobre el origen de su constante buen ánimo, casi un axioma: la suma de colores y olores fueron una cura en cuentagotas de todas las penurias que soportó desde su adolescencia, crecer en soledad, educar un hijo ajeno, perder a su esposo cuando él empezó la universidad y podrían estar buen tiempo solos. Su hermana menor y su cuñado desaparecieron hacía décadas. Ella había cuidado al sobrino un fin de semana, pasaron cinco días, y pasó un mes, luego siguió pasando el tiempo sin que se supiera nada de ellos. Así lo llevaba a la primera salita, a la escuela en expectativa, se casaba sin luna de miel, cuidaba las plantas, lo veía cursar la universidad, enviudaba. Luego él obtuvo la beca y ella no necesitó simular alegría, era feliz pero se quedaría absolutamente sola en la casa perfumada. Quizás, piensa ahora con los codos en la mesa

mirando por la ventana, cerró su ciclo; tal vez soportó todas las cargas bajo el agua sosteniéndolo a él con el brazo fuera de la línea de flotación hasta que nadó seguro. Ella había hecho enmarcar su foto, con el gorrito de un verde que se fundía con los árboles lejanos, sobre el puente Don Luis I en Oporto. Todo sonrisa para ella, el Duero allá abajo con sus barquitos, las casas colgadas de las laderas y los funiculares. Habían sido tres días gloriosos, justo el fin de semana previo a conseguir el trabajo de mecánico en Londres, una escapada hacia el pasado. Retrepó las avenidas y compró un surtido de frutas en una esquina. En frente moría la calle. Una casa muy antigua, con sus mayólicas, se destacaba. ¿Dónde habrán vivido los abuelos?, quizás en esa habitación de arriba habían pensado en partir. ¿O fueron campesinos de los alrededores? Comiendo una mandarina bajó hacia el río. Unas pocas cuadras. La noche anterior había estado allí en La Casa da Guitarra, recién lo notaba ahora en ese desconcierto de callejas similares, en un recital de fado. Casi íntimo, treinta o cuarenta personas entre el público, una cantante enérgica y dos guitarras distintas, con su vibración marina y el entreacto de copita de oporto. Tan cerca del río. Tal vez su nombre viniera de ese puente por donde circuló su pasado alguna que otra vez. Lo único que sabía de su familia. La tía no hablaba casi nunca de lo que había sido, era ella como una divinidad o como una gata viviendo el presente. Probablemente, para sostenerlo fuera del agua mientras ella aguantaba la respiración. No le quedaba otra posibilidad que concentrarse en ahora. Claro, pensó Luis mientras recordaba la quietud y el movimiento del tren, también las plantas eran día a día. Tanto tiempo llevaba su desarrollo que se hacía imperceptible, por otra parte el paso del tiempo para ellas son las estaciones, flor, fruto, verde, amarillo,

marrón y vuelta a lo mismo como estar sentado mientras el universo hace lo suyo. Exactamente la antítesis del cobayo corredor inmóvil, esa sensación de vértigo, el interminable ir hacia sí mismo, con agitación, agotamiento, sin plan, el hámster solamente mueve las patas y produce un ruido monocorde. Lo peor, pensó, es que confunde cuál es el verdadero desplazamiento. La idea en él era irónicamente recurrente. Probando el buen giro de la primera rueda de triciclo que arregló, al borde de la autohipnosis frente a los rayos giratorios, mientras detrás de esa cortina de varillas mágicas se veían las piernas de los turistas. Como si exprimiera una naranja y la luz fuera jugo sobre su cara. Ahí recordó al tío habilidoso del que heredó las técnicas.

El dinero de la beca apenas alcanzaba. Hizo unas changas. Pero aquellos que sabían cuántas penurias sufría un extranjero no estaban en situación de contratarlo, a veces ni siquiera de ayudarlo con un trabajito de ocasión. Salvo reemplazar un caño plástico de la bacha, desarmar y limpiar una cerradura, colgar un mueble; lo demás hubiera sido transigir en ser el clásico lavacopas nocturno.

II

¿A esto se reducía su gusto por la física, tocar objetos rotos? Los años de universidad, a los ponchazos anémicos, le

servieron para corroborar que estaba estudiando algo que no lo satisfacía, que no respondía a su vocación de entender el funcionamiento del mundo. Por pura voluntad o inercia, perdió tres años. No encontró en las aulas, o no dio tiempo suficiente a que aparecieran, los vínculos filosóficos, metafísicos, con las demostraciones ásperas de las ciencias duras. Los había hallado en lecturas de divulgación que luego dieron paso a prólogos y ensayos de grandes científicos. ¿Por qué en la universidad había tanto análisis matemático y tan poca reflexión? Quizás, piensa ahora junto a dos sillas vacías, haya sido comodidad, falta de voluntad, pero, se alienta, no era tan así porque había concluido el traductorado en poco menos de cuatro años. Y finalmente, tras un ciclo de trabajos variados, al borde de la edad de admisión, se había presentado a esa beca de segunda línea, que tomaban solamente los desesperados por huir del país o de su casa (soy injusto y soberbio, se dice, también lo hacían los interesados por mejorar el idioma). Cuando se lo comentó a la tía cometió un error o un acierto, porque ella lo estimuló, sacó a relucir todos los lugares comunes del progreso, el futuro, la maravilla del viaje. En Londres la supuesta beca era la justificación para tener una residencia temporal. Cursos por la mañana, la tarde para andar. Tuvo suerte, un compañero de habitación tenía un amigo que vendía la bicicleta. Todavía estaba en garantía y un seguro vigente por dos meses más. Se la dejó por muy pocas libras, hubiera sido imposible para su pobreza acceder de otro modo. Incluía el casco (graciosamente verde) y varias sugerencias, entre ellas algunos links donde planificar recorridos, que a pesar de su inclinación por la deriva y el azar aventurero aprovechó a menudo. Había que hacerle unos pocos ajustes, le dijo, y Luis lo tranquilizó con su pericia. Su foto, con el Big Eye de fondo, le

encantó a la tía, que se alegró porque mantenía el color sobre su cabeza (así lo dijo). Prescindir del subte no solo fue un ahorro de pounds, también deparó otras peripecias más aireadas bajo el sol no tan escaso como había creído por las lecturas de los manuales de la secundaria. Habrían transcurrido quince o veinte días de periplos, cuando vio la escena: delante de las mulas de bronce de Park Lane, tres personas discutían en español junto a un triciclo turístico, una mujer desde el piso, engrasada según vio al acercarse, trataba de calmar a otras dos que le protestaban desde lo alto. Era Patricia, quería arreglar la cadena y no podía. Se acercó, ofreció ayuda. Luis sí supo usar las herramientas de la caja multicolor y la pareja partió satisfecha con la promesa de una hora extra y un bono para el día siguiente. Había faltado el mecánico, estaba enfermo. Y así, simplemente, obtuvo su nuevo trabajo, primero un reemplazo, luego un contrato. Necesitaban a alguien que arreglara sus diez simpáticos triciclos turísticos, un buen emprendimiento familiar que daba de comer a una docena de personas. Era gente amable. Patricia, la dueña, había huido de Bogotá hacía una década o había emigrado por necesidad (otra forma de fuga), y sabía qué era ser extranjero y pasar penurias. De inmediato Luis los sedujo con su oficio, la adaptabilidad, la velocidad e ingenio para resolver fallas o reemplazar piezas inhallables. Lo importante era que las ruedas giraran. Hacer parches hasta el infinito, cambiar válvulas y tripas, lubricar cadenas, acondicionar frenos, la pintura siempre impecable, los asientos limpios y mullidos. Con una valijita de pocas herramientas, ir a socorrer al conductor que trasportaba una joven pareja de polacos, demorados en un sendero de Regent's Park. Todo rápido y sin grasa, mientras el colombiano les sacaba fotos para entretenerlos y competía con los enamorados para ver

quién pronunciaba peor el inglés. De allí en ocho minutos hacia Abbey Road, donde la peatonal mítica hizo germinar un clavo.

Pasó en otro recorrido de auxilio por el Animal's in war Memorial, era la media hora del almuerzo y se detuvo a comer su sándwich (se dijo sanwich y pensó sánguche, se rio; acá, sandwich). A horcajadas de la bici, sin bajarse del todo, observó el sitio donde había conseguido el trabajo. La pared blanca y curva con sus animales en relieve, el perro vigía y el caballo allá atrás pastando, y acá nomás, tan cerca, las mulas cargadas. La de adelante con una rueda de carro, de cañón, vaya a saber, retrepano los escalones. Pero una rueda, justamente allí otra rueda más, como una manifestación a favor del movimiento. Por el momento todo estaba en calma, ningún desperfecto, ninguna guerra con animales. Pudo comer y beber su agua. Pudo dar toda la vuelta entorno al muro y acariciar al perro de bronce como si fuera propio; sintió su dura tibieza y el reflejo del sol. Empezaba a salir por el horizonte la tristeza cuando sonó el aviso, miró la dirección y comenzó a pedalear con algo de furia.

Una disociación entre la fatiga del hacer y el devenir del pensamiento. O un equilibrio de dedos y neuronas. Pedalear velozmente mientras la sinapsis le proveía reflexiones. La evolución cultural es un entretrejado de verdades y mentiras. La vista es menos confiable que el oído. Acá doblo y acorto camino. Y aparece un episodio de El hombre que fue Jueves. Con más presencia, con más verdad, más concreto que ese triciclo con el manubrio desajustado allí a media cuadra. Mientras explica lo que hará y cuánto demorará en un inglés excesivo para los italianos; el profesor Worms, luciendo sucias barbas, dialoga con Syme en otro camino de su memoria. Basta una pico de loro

puesta en el lugar correcto, esa rara magia de la llave con su corredera de agujeros, y un justo esfuerzo de palanca, para que puedan continuar su paseo rumbo a la calle de la prisión, The Clinck. Lejos. Cuanto más lejos más pagan, le habían dicho, pero más debería pedalear si algo se rompe, pensó. En realidad, fue como una simple sensación de pensamiento que no pudo sobreponerse a su recuerdo de la escena novelesca. Un disfrazado más creíble que el auténtico. Cuando leyó por obligación ese libro en la secundaria, le causaron gran impresión las dos páginas del diálogo entre anarquistas o policías, según el momento y el jefe, en el que el verdadero profesor Worms es expulsado por querer ser él, mientras su imitador triunfa gracias a su actuación convincente. Allí se asomó, solo se asomó, Luis, a trasladar la situación sobre sí. Soy o no soy, dijo sonriendo. Estoy en las proximidades del monólogo famoso y no termino de definir adónde pertenezco ni qué dirección tomar. Cuando un mensaje le indicó ir hacia un lugar cercano para emparchar o inflar una goma, como no era ése el rumbo en el que venía pensando, le pareció una señal irónica del destino o del azar. ¿Los fotones, pensó, pueden estar en varios lados a la vez, saltan, gambetean, no encajan en la línea recta? ¿Qué soy, onda o partícula? Cada giro de la rueda acompañó dudas sucesivas. A medida que fue bajando la velocidad, se demoró en las incertidumbres de su infancia. Finalmente, al detenerse del todo junto al objeto a reparar, una nube le impidió ver más allá de la mano gigante de su tía inmensa que lo sostenía en su andar infantil inseguro. Recuperó la imagen desde abajo, como parado frente a una catedral, de un niño de ochenta centímetros con las pupilas pegadas a las cejas viendo allá arriba pequeña y deforme la cara de la gorda, la voz como campanadas. Había perdido con

la edad esa manera de ver la vida cotidiana. Las personas, un poco más un poco menos, podían apuntar ojos a ojos, y eran los pies, en todo caso, los que se achicaban a la distancia. No extrañó ese punto de vista, sí la mano grande en su mano. El día anterior se había enterado de la muerte de su tía. Un medio primo perdido en la memoria, le envió un mail. Nada podía hacer. Había desechado a las pocas horas de saberlo cualquier intento de regreso inmediato. No llegaría ni para el funeral; ya era cenizas, mientras él reacomodaba el asiento del triciclo. Dos tornillos flojos. De inmediato volvió a pedalear hacia cualquier lado. Bordeó el lago del Hyde Park y fue hacia ese manso flujo de agua en memoria de Lady Diana. La recordó siguiendo la noticia por la tele voluminosa, comentando con el tío si tenía un amante, qué boludo parecía ese Carlos, ella tenía cara de buena y la vieja seguro le hizo la vida imposible. La hermosa vida simple de la tía. Aunque bien sabía él que era una niebla protectora, como una divinidad mítica escondida o disfrazada tras su nube de sonrisa, cuánto dolor había en ella, con esa hermana en la penosa incertidumbre de la falta de un cuerpo. Por lo menos, había enterrado al tío. Lo había visto en el cajón, había visto la fosa y la palas. Del misterio sanguíneo le quedaba la semilla, el sobrino al que llevaba de la manito, al que tejía gorras y bufandas como boas. Ahora, solo en Londres descansando frente al curso del agua. Volvería en unos meses a estar también solo en una esquina multitudinaria, desparramado en el piso por una bicicleta de reparto. Y ahora violentamente solo con los codos sobre la mesa viendo dos sillas vacías.

Qué sabía de la soledad de ella. Sin hermana ni cuñado, sin esposo, con su niño allá lejos, inalcanzable para sus piernas

hinchadas de azúcar. Como un telégrafo desesperado volaban las agujas en esos mensajes que llenarían el cajón del medio. La tía había focalizado su pensamiento y sus emociones en él. Y anulado con la barrera de las noticias tontas de la tele, del torbellino de datos y chusmeríos, cualquier posible invasión de recuerdos dolorosos. En alguna ocasión sin embargo se filtraba, entre las hendiduras de un silencio, aquella prolongación de los días esperando que volvieran los padres de Luis. Había tapado la herida pero, como en un miembro amputado, extrañamente a veces, muy a veces, aparecía la maldita picazón. Se colaron también episodios con los tres sentados, como escenas de películas, sin nada especial en lo aparente, ni cumpleaños, ni un vaso que se vuelca provocando la risa y alegría alegría alegría de la gota en la frente, tampoco gestos particulares, simplemente la vida cotidiana entre tres seres que conviven, se quieren y centran sus expectativas en que todo fluya así, naturalmente, sin más sobresaltos. La maravilla de la rutina, bajo la mirada de esa diosa tutelar. ¿Se llevó el fuego? Se torturó: ¿para qué tuve que irme, pero igual cuánto podía esperar yo para hacerlo, debía quedarme a su lado pendiente de un cordón umbilical ilusorio?

Sin fe es difícil el consuelo. Nada más creía en la posibilidad de que la energía de las personas siguiera formando parte del universo, pero se diluía en su vastedad. No alcanzaba. Poco a poco iría desapareciendo la voz, más etérea que la imagen. Luego permanecerán los objetos que usó y tocó. Aflorarán con su contacto los recuerdos precisos. Especialmente la gorra, río, y decidió usarla casi todo el tiempo. Con frío para calentarse; con calor para preservarse del sol; y para sentirse acariciado

como un chico al que le revuelven el pelo, en los momentos de tristeza o soledad.

En la vastedad del universo era alguien que había andado y arreglado bicicletas, y había sido desparramado por una. En medio de ese paréntesis murió su tía. Después de treinta años de estar girándole en torno, nunca a una distancia que no pudiera remontarse en pocas horas, ella se enferma, no me entero, ella también desaparece y yo no estoy.

III

-“Nadie puede jugar solo. Si no hay ninguna otra persona en la habitación, debe crearse otro imaginario”.

-¿Qué libro es ése, qué bueno, pero acá somos varios reales, no? Ja ja.

-Es de Siri Hudson.

-¿La mujer de Paul Auster?

-No, él es el esposo de Siri.

-Bueno, dale, no empecemos a discutir.

-Está bien, pero no hay caso, no hay forma de desprenderse del centralismo machirulo por menos machirulo que un tipo sea.

-Tenés razón.

-Traje para hoy a ver qué les parece el Patolli.

Antes de empezar a jugar, los jugadores lo invocaban, quemaban incienso, le ofrecían comida. Sobre un tablero de alfombra de paja con casillas rojas y azules, fichas y dados.

-¿Podemos jugar los seis?

-Acá dice que es para dos, tres o cuatro. Pero podemos armar como un campeonato de...

-Sí, pero y los que quedan esperando qué hacen.

-Y si armamos dos tableros, como una semifinal, y después... total las piezas son piedritas y dados.

-Lo que dice acá Wikipedia, eh, parece medio simplote llevar las fichas de una punta a la otra. Algo así como las damas chinas. Lo genial es que se puede apostar cualquier cosa, ¡hasta la ropa!

-Ahí me va gustando.

-¡Baboooso!

El dios del patolli era Macuilxochitl, deidad de la música, la danza y las apuestas, el Dios de las Cinco Flores. Tiene más de dos mil años, los españoles lo prohibieron durante la conquista. Las cincuenta y dos casillas representan el ciclo solar de cincuenta y dos años o Rueda calendárica que era usado por los sacerdotes astrólogos que interpretaban el horóscopo azteca.

-Podemos probar.

-No sé, muchas ganas de estar diez horas sentado, como con el Estanciero...

-Hoy son propuestas nomás. Es para ver qué hacemos la próxima.

-Sí, pero que no me toque disfrazarme otra vez de payaso.

-Dale, Raúl, sorteos son sorteos. Igual hay que dejarlo al azar. Metemos los papelitos en la bolsa y el que sale sale.

-Sí, te quiero ver si te sale a vos.

Sonó el portero, llegaron las pizzas y empanadas.

-Final del juego, por hoy.

-Yo bajo.

-Yo también, aprovecho y bajo, no me puedo quedar. Después me avisan.

Del techo descendieron sonidos y gemidos. En el piso de arriba la están pasando bien. Las de choclo están buenísimas. No, cerveza no, tengo que manejar. La próxima toca en casa, ahí sí. Estaría bueno hacer algo en la calle pero todas las propuestas de hoy fueron juegos de salón, el cómo se llama, Patolli ése de los indios. ¡Aborígenes, los indios son de la India! Bueno, aborígenes. A mí me gusta el ajedrez con disfraces pero somos seis, de dónde sacamos a los otros. Sí, ja, nos faltarían nada menos que 26. ¿No se puede hacer como una síntesis? ¿Dos reyes, dos peones y qué sé yo, dos caballos o dos alfiles? Lo veo medio raro, me gusta eso sí lo de los disfraces. Sí, algo con más onda, más movimiento. Lo que pasa es que todas las propuestas

que trajimos son así. Me parece que podríamos, digo, ¿no?, pensarlo un poco, no sé, saltar una reunión y buscar. Lástima que se fue Diego.

-Viene poco.

-Sí.

-Y si ponemos como opción “saltar reunión”, al azar, si sale sale.

-Buena.

-Ya armé las tarjetitas, Patolli, Ajedrez, Persecución, Saltar. Pará, y si sale ajedrez qué hacemos. Y, buscamos 26 más. Igual no me convence la idea de saltar, ¿no les parece mejor reunirnos la próxima sí o sí y resolver en el momento? Está bien, el problema es si no sale nada nuevo. En ese caso jugamos Patolli. Sí, y traemos propuestas firmes para hacer Ajedrez o Persecución, que serían afuera, en la calle o por ahí. Listo. Me clavo otra empanada y me voy. Qué buena la de jamón y queso.

-Siempre nos queda la ruleta rusa, jua.

IV

No estaba sufriendo ningún mal pero armaba su muerte. Para empezar tenía muy claro que habría cremación. Fuera cuando fuese, la semana siguiente o veinte años después.

A esa edad, sesenta y siete, era hora de ser previsor. La idea de las tumbas le producía espanto, su claustrofobia lo remitía a cuentos de Poe que para su pesadilla había leído cuando era muy chico. El entierro prematuro le nublaba la vista con solo meterse en un ascensor blindado o ver una escena en el cine. Un mes atrás había llegado a subir diez pisos por escalera, para hacer un trámite inevitable, a pesar de tener un fuerte malestar en la rodilla izquierda y ahogo por el esfuerzo. Claro que me puedo despertar en el horno pero durará segundos, en cambio cuánto se puede sobrevivir en un cajón soldado y con cien paladas de tierra encima. Como siempre, sacudió la cabeza para espantar esa idea que no era una mosca. Diez minutos con todos sus segundos duró el efecto. El impacto seguía sobrevolando. La idea simulaba irse pero quedaba apoyada en su hombro, en el cielorraso, detrás de la taza de café, y aparecía de nuevo con su zumbido que se metía por una oreja pero no se decidía a salir por la otra, y el repiqueteo, las alas rozándolo ahí adentro, lo asfixiaban; respiraba monóxido. Huía a la vereda y de allí al paraíso de los árboles y el viento, no importaba la lluvia ni el sol, simplemente estar afuera. Incluso cuando algún trabajo le oponía dificultades insalvables, un paseo al aire libre le oxigenaba las ideas y proporcionaba soluciones. Había hecho poca terapia, tal vez la considerara otra forma de encierro. Una vez le preguntaron si tenía noticias de cómo había sido su nacimiento. Varias décadas después, su padre ya anciano le contó que había sido un parto muy difícil. Quizás estuviera ahí el origen del temor. La información le había servido poco, su padre era fabulador y siempre optaba por el vaso medio vacío, por la noticia trágica, la exageración hacia lo negativo. O quizás él estuviera cómodo con su fobia portable. ¿También vendrían

de ahí sus manías de orden, alisar manteles y sábanas, zozobrar ante una arruga? Casi como Gregory Peck y su sueño culposo, él veía túneles que lo amenazaban, y el actor, ojos gigantes. La cuestión que sí tenía zanjada era la relacionada con el procedimiento final. Nada de ascensores, estrechos escondites vietnamitas, submarinos; el fuego lo tranquilizaba. Nunca tuvo miedo a volar porque la muerte sería inmediata. Sí, espanto ante el sufrimiento de alguien atrapado bajo las piedras en una explosión o un terremoto.

No es morboso. Jamás demora la velocidad del auto para observar el cuerpo caído de un motociclista. Ni indaga en las páginas policiales más allá del título. Prefiere llenarse la cabeza de pavadas del espectáculo, series con buena trama, algún documental, viejas películas de misterio, o regar las macetas y oler la tierra mojada. Tiene que ultimar los detalles de su fin. Qué se hará con las cenizas. Y lo sobrecoge una pregunta previa: qué son las cenizas. Recuerda cuando fue a la funeraria a retirar las de su madre. Una caja color madera en una bolsa. Había logrado estacionar el auto a tres cuadras. Salió de la oficina pálida (mezcla de templo y agencia de lotería) llevando eso, como si hubiera comprado zapatos, uno o dos kilos de algún producto. Cruzó una calle y lo saludó de lejos una mujer mayor, ¿una cliente, vecina, amiga de sus padres? Pensó en el diálogo que podría tener con alguien que lo demorara para preguntarle la hora, una dirección, o una charla informal mientras sostenía a su madre, allí, en ese paquete de pulóver nuevo. ¿Intercambiar frases hechas mientras los restos colgaban de dos cordones? Llegó al auto y la depositó en el piso del lado del acompañante. Temió que con el movimiento se volcara; aunque no era

probable que ocurriera porque estaba bien cerrada la caja, la imagen mental lo sobresaltó, como cuando la sostenía del brazo con sumo cuidado y alerta, mirando con una fijeza que le llevaba rigidez hasta el cuello y los hombros. Abrió la puerta trasera, corrió el asiento todo lo posible y dejó la bolsa apretada. En los últimos tiempos ante las dificultades que tenía ella para caminar, también corría el asiento delantero para que ella pudiera estirar las piernas a su lado, en los breves recorridos hasta el consultorio o las clínicas donde hacerse estudios. Ahora estaba ahí atrás, como una dama conducida por el chofer.

En esa caja no es encierro porque no hay cuerpo. Con el otro procedimiento, cientos de años después de morir, sobrevive algún hueso. Ahí atrás iba algo ya sin ojos ni calavera. Un retorno inmediato a la tierra previa. Listo para ser parte del mar o del viento. Un polen. La absoluta imposibilidad de posesión. Más cerca de la arena, la sal, en fuga. Materia de fondo del universo. Agujero fugaz que no es estrella. Vestigios sin humo. Remotamente volcán que ahora yace en una caja de cartón prolijo y envuelto para regalo. No tiene recambio. Es medida única. Universal.

Entró el auto y la ayudó a bajar en la solitaria casa paterna (habían decidido dejarla allí hasta resolver qué harían). No la cargó, la llevó ahora como libro contra el pecho. Abrió moviendo torpemente la llave con la mano izquierda. Dónde, pensó, miró en torno y había un hueco probable en el estante superior de la biblioteca desprovista casi totalmente de libros.

Algo lo incomodaba. Creyó que era obvio pero después de unos días se dio cuenta de que no era el hecho de tener las

cenizas de su madre tan visibles y cotidianas sino que le parecía mal acompañada. Cada vez que iba, la misma sensación. Entonces se dio cuenta, el problema estaba en qué tenía ella a cada lado. ¿Los tomos uno y dos de la vieja enciclopedia? Ridículo, chocante. Seguramente no estaría cómoda. Un jarroncito que a él le parecía kitsch y ella amaba, a un lado, y una imagen religiosa que una vecina le había traído del Vaticano, al otro, compusieron un buen rincón. Sí, era una caja con cenizas, pero también los restos necesitan armonía. Poco a poco fue completando meticulosamente el paisaje. Feng shui póstumo. Primero un elefante de loza cuya trompa debía portar un billete para la suerte. Lo sacó del fondo del placard. Ella se lo había legado en vida, así había dicho, como si fuera un campo, y él había estado a punto de tirarlo un par de veces. Ahora, por esos raros cambios que provocaban las orfandades, lo recuperaba para rodearla de sus fetiches. Luego algunos libros. Un rosario, una foto enmarcada de los abuelos, sus padres. Otra de los hijos, él con extraños rulos, su hermano dos años menor sonriendo, detrás un jardín, seguramente de aquella casa suburbana en la que habían transcurrido la infancia de fútbol y escondidas. Junto a su esposo, muy abrigados, jóvenes y sonrientes en luna de miel. El padre había querido ir a un geriátrico y fue un alivio para los hermanos, que no se decidían a dar ese paso. Cuando ella tuvo las sucesivas recaídas con internaciones cada vez más prolongadas, él no soportó la casa sola. Lo iban a buscar por turnos para visitarla en el hospital y tras su muerte ya se había acostumbrado a la compañía de esos otros viejos que transcurrían las larguísimas horas sin parientes. Jugaban a las cartas, miraban películas, un animador tocaba la guitarra y cantaba dos veces por semana, también hacían alguna

clase de ejercicio físico. Donaron la ropa materna. Cada pulóver, cada saco o vestido era una duda. Finalmente dieron todo en bloque. Por el momento quedó esa especie de templete con sus cenizas y el entorno, hasta tanto decidieran qué hacer. Pero con el correr de los meses, los gastos se hicieron cada vez más difíciles de afrontar. Había que pagar impuestos y servicios, la obra social no cubría todas las necesidades del padre. Decidieron alquilar la casa paterna. Había que vaciarla. ¿Cómo habían acumulado tantos juegos de vasos?, herencias de herencias seguramente, y lo mismo con acolchados, sábanas, platos, tazas. Evidentemente su hermano se angustiaba con determinados objetos (no quería ver ni una foto ni los enseres cotidianos), de modo que él se ocupó de sacarlos. Y así fue como se llevó la caja, el elefante de la fortuna, el jarroncito, el mueble donde había ido armando eso que llamaba templete y que tenía a la vista ahora en su cocina comedor. Cada mañana, en su propia casa, al desayunar de espaldas a la ventana, veía esa composición a la que siempre le notaba alguna falla. Me estoy volviendo loco, parezco el de Psicosis, cualquier día termino disfrazado de vieja. Tenía conciencia del asunto, del mismo modo que quien fuma sabe del daño. Pero no podía dejar ese vicio aparentemente inofensivo. Se asustó de sí mismo cierto mediodía, estaba recalentando una porción de tarta cuando pensó que a la sinfonía mortuoria le faltaban los olores. Y casi condimenta con pimentón las cenizas. Se congeló con la tapa de la caja en la mano izquierda y el frasco rojo en la derecha a punto de ser sacudido. Un instante de corte. Dio un paso atrás. Buscó una bolsa de residuos. El elefante fue el primer caído, dudó con el rosario solo un instante, y así todo. Más tarde, antes de sacar la basura, revolió y recuperó las fotos que fueron guardadas en

un álbum. Las cenizas quedaron desamparadas. Comprende por qué existen tantos variados rituales de la muerte. Comprende las flores, botellas, muñequitos, trapos, cruces, estrellas, lunas que consuelan a otros. Pero él no tolera nada de eso en su casa.

A partir de allí retomó la idea del armado de su muerte. Impresionado por su propia imagen delirante a punto de sazonar lo cremado, sintió espanto de sí mismo, qué había estado a punto de hacer, pero luego otro pensamiento lo abordó, no como un reemplazo sino tal vez como una deformación. Que nada quedara, salvo el humo y las cenizas al mar, al viento, a cualquier lado fuera de una caja, sí. Eso sí. Aunque construiría su muerte, o mejor decir su cadáver, o mejor decir todavía sus cenizas con ingredientes previos. Notó que el espanto frente a lo que había estado a punto de perpetrar era por una cuestión de tiempo, simplemente, porque si su madre hubiera condimentado con pimienta su última comida... más aún, insistió, si su cadáver antes de ser conducido al horno hubiera sido sazonado, no le resultaría tan chocante. Todas esas cenizas habrían sido producto de una cocción, ¿tendrían otro aroma, algo no tan neutro, algo más próximo a las rutinas de la persona previa? Fue en ese preciso momento, mientras esto último le rondaba, que concibió la idea. No podía volver atrás. Pero sí avanzar. Y adelante estaban sus propios restos. Comenzó entonces con claridad a definir cómo quería perdurar en la nada de la materia última.

No era solamente el terror claustrofóbico a despertar, como en tantas leyendas urbanas, dentro de un cajón bajo tierra, lo que lo decidió por la incineración. Sufría también el desagrado de pensar en progresiva podredumbre, gusanos de película clase b

asomando por las fosas de los ojos descarnados. Los olores contaminando el aire. Los árboles cercanos impregnándose de nubes fétidas. Quizás como un hollín invisible que anulara la fragancia de los tilos y aromos, la magnolias con su dejo a limón. No. Por qué arruinar la intensa brevedad que salva de las miasmas citadinas. ¿Pero, se desilusionó, no pasará lo mismo con la emisión de las chimeneas de los crematorios? Tenía que averiguar.

Las necesidades cotidianas y los trámites legales que sobreviven a los muertos, lo mantenían ocupado pero no borran su idea fija, es más, la reforzaban porque las actividades rutinarias solamente le demandaban recorridos y papeleo inocuo que se resolvían con saludar en cada dependencia oficial y completar mecánicamente formularios, apellido, número de documento del fallecido, apellido, número de documento del familiar, fotocopia de esto y aquello, acta de defunción, constancia del seguro, último recibo de sueldo con descuentos. Tiempo para pensar en lo suyo y caminatas de un ministerio a otro, largas esperas mirando la nada para que alguien certificara con su sello la veracidad de un papel ilegible que inmediatamente transportaría por calles de árboles perfumados al mismo ministerio donde había iniciado su remanida obligación. Sí, se gritó en silencio a un milímetro de gritarlo para todos, Sí, mientras miraba el papelito con el número de orden 98G, sí, está muerta, ya no es nada más que un kilo de cenizas. Que ni perfume tenían. La antimateria absoluta o la pura materia, que viene a ser lo mismo. ¿Dónde fue su espíritu, su energía? No era un hombre creyente pero no podía resignarse a que todo aquello que había circulado por su memoria, por sus

emociones, las experiencias de más de ocho décadas se volvieran cero absoluto. Volvió entonces a sí mismo y pensó en el humo como alma, como si fuera alguna clase de espíritu, una nubecita que se combinaría tal vez con la vitalidad invisible del universo. Un árbol seco que torea al viento.

¿Y si dejara todo librado al azar, a lo que dispusieran sus parientes? Sepultura, cremación, qué más daba. ¿En ese momento fuera de su tiempo, de qué se enteraría, estaría sobrevolando como angelito o como cara difuminada su cadáver? Bah, se dijo. Pero reaccionó de inmediato: el problema es ahora, acá, durante; mientras no me llegue eso que no veré, mientras deambule. Como una intención fija más que una idea, como un capricho de quien no tenía otros lazos, se había propuesto seguir de alguna forma presente. La descomposición le parecía agresiva. En cambio minimizar el cuerpo hasta el polvo, hasta una materia inmediata, y que solo un poco de partículas con algún olor velaran levísimas un pequeño espacio de aire al salir de las chimeneas, lo convencía más. Ya seguro del método, comenzó a dudar de cómo llevarlo a cabo. Sí, lo central era fácil, dejaría previamente pagado su funeral y el procedimiento. Otros compran parcelas donde seguirán yaciendo sin perder su condición de propietarios, pequeños terratenientes; él buscaba el modo. Ni siquiera se ocuparía del futuro de sus cenizas, solamente quería resolver la receta del humo.

Por primera vez en mucho tiempo deseó dejar el aire libre para volver a la soledad de la casa. Necesitaba bucear en internet, averiguar, mirar videos y hacer preguntas en algún foro extraño. Hay tutoriales para todo. Lamentablemente.

«En realidad no es el olor porque es como si se estuviera haciendo una barbacoa, el olor es un poco más fuerte que eso pero, si viniera de la barbacoa del vecino no importaría, el problema es que tú sabes que lo que estás oliendo viene del crematorio y resulta incómodo y horroroso»

“El olor puede deberse a los materiales de los féretros, al peso de la persona, a las sustancias tóxicas incluidas en los ataúdes los tapizados y los productos de tanatopraxia se convierten en dioxinas, furanos y otras sustancias orgánicas volátiles que deben quedar atrapadas por los filtros de los crematorios junto con los gases de mercurio de las amalgamas dentales. Por esta razón, un crematorio siempre debe cumplir con las directrices ambientales correspondientes. La ceniza son los huesos; el resto de lo que conforma al cuerpo desaparece como humo. El hueso calcinado tiene un color claro, en algunos casos se acerca al gris y una consistencia granulada. La masa cadavérica se transforma en gas carbónico y agua, las cuales son sustancias inocuas”.

“Cuando siento olor no salgo a colgar la ropa porque las cenizas que caen dejan las prendas negras y tengo que lavarlas de nuevo.”

Deambuló con extrañeza y a veces repugnancia por sitios imbéciles o sádicos. El video de la cremación le produjo un escozor. Encontró datos que le ocasionaron algunas certezas y varias ramificaciones de dudas. No sabía, por ejemplo, que lo que exhalaban esas chimeneas provenía de la carne, que los huesos se convertían en cenizas porque se los molía luego, y ese producto iba a la urna, no más de dos kilos de polvo. ¿Cuántos

granos en un kilo? No había respuesta salvo para el arroz y la arena. Miles en un centímetro cúbico. Los datos seguían y derivaban hacia otras páginas de química, de matemática, publicidad de velatorios con facilidades de pago en cuotas. Volvió a leer, primero el renglón que más lo había despertado: “La ceniza son los huesos; el resto de lo que conforma al cuerpo desaparece como humo”. Y luego, para completar el párrafo, el artículo concluía: “El hueso calcinado tiene un color claro, en algunos casos se acerca al gris y una consistencia granulada, en ocasiones aún se pueden distinguir los huesos, esto es labor de los encargados que con una especie de rastrillo funden y remueven más para que termine de calcinar. Se acaba la cremación y los restos se enfrían en una mesa. Cuando están listos, se trituran en una máquina similar a una licuadora de cocina y se meten en una bolsa negra”. No pudo dejar de mirar hacia el rincón donde estaban los restos de su madre. Inmediatamente se volvió a perder en dudas. ¿Si todo era molido y triturado, si eran restos de restos, dónde iría lo que llaman alma sino al aire?, el camino con una luz al final era la chimenea. Y lo que vuela etéreo, un perfume. Su último vínculo con el entorno estaría allí, en un aroma tal vez amable.

Quedaba ahora por resolver cuál sería su fragancia final, su legado, y cómo conseguirlo. Qué debería agregar a la madera y la grasa, ese pesado excipiente que da dolores, fatigas y requiere tanto mantenimiento. Cuáles serían los condimentos imprescindibles, la combinación exacta, la cantidad en miligramos para lograr que ese deseo de permanencia (que de vez en cuando le parecía un ridículo capricho de demente senil), esa breve vida postrera, sucediera según su gusto. La última

receta. Como los vinos, ¿fresco y frutal? Se rio con un poco de amargura y un alto porcentaje de resignación. No le resultaría tan fácil averiguar qué mezcla de perfumes lo representaba plenamente. Tal vez, se dijo, estoy pretendiendo demasiado y con que sea un aroma agradable sería suficiente. Algo que no provoque un disturbio en la naturaleza. Algo como su vida, más o menos pareja y sin grandes sobresaltos. Luego decidió que sería mucho más simple y realista elegir los olores que le agradaban. Se quedó con esta idea. El inconveniente era cómo llevarla a cabo. Calculó que dado su estado de salud y los antecedentes familiares, tendría una década o dos por lo menos para resolver el procedimiento, los detalles, la realización. Comenzó, el tilo encabezaba la lista.

Anotó primero mentalmente, hasta que se le fue haciendo demasiado largo. Entonces lo escribió. Parecía listado de compras. Tilo, aroma, citronela... Poco a poco la elección previsible se fue haciendo más barroca, recargada, difusa. El olor de aquel libro de la infancia; quizás la primera vez que había metido su nariz entre papeles. Un momento, sólo un momento, un instante en la elaboración materna de una tarta, cuando algo llegaba al punto del dulzor medio ácido al inspirar profundo. De golpe lo asaltaron decenas de comidas, salsas, el humo de algún asado en el fondo de la casa con su hermano, ambos saltando frente a la parrilla mientras el padre les decía cuidado con las chispas. No faltó el previsible olor de la tierra después de la lluvia ni el de metales calientes en aquella carrera de motos adonde los llevara un tío, tantas veces rememorado por una plancha o determinada pava al fuego. La pomada de los zapatos se perdía en la oscuridad del breve tiempo con sus abuelos.

También había resonancias de momentos más cercanos, en los que además de los emitidos por los árboles de su región, volvían recuerdos de sus amores. Los intrusos querían colarse con sus invasiones desagradables o insustanciales; desodorantes agresivos, escapes tóxicos, extremados dulzores se metían como manchas sobre los otros, pero lograba despejarlos con un esfuerzo que a menudo lo dejaba extenuado. Día tras día hacía el ejercicio de focalizar en los deseados y lo iba consiguiendo, como quien entrena sus músculos y requiere un tiempo para comprobar los resultados. La lista se fue ramificando. La cuestión era cómo lograría que los componentes se integraran a su cuerpo para emigrar combinados por la chimenea final. ¿Debería ingerirlos o adosarlos a la piel? ¿por qué no unas hojas en los bolsillos, alguna flor, cáscaras? Se vio envuelto en un torbellino de ideas extravagantes, pero se dejó arrastrar: así como una cucharadita de azúcar mitiga la acidez del tomate en una salsa, ¿debería él neutralizar sus aromas oscuros? Los huesos seguramente se han ido impregnando con el correr de las seis decenas de todos sus humores pero tal vez no fueran tan importantes para su proyecto porque serían restos para una caja. En cambio la carnadura volaría y se mezclaría con los vientos. Allí irán los perfumes. Su blend. En el ángulo de la cocina, bajo la ventana, había una docena de botellas de vino. Leyó varias etiquetas, mezcla única de aromas de ciruela y frambuesa; otro, entre floral, frutal y especiado; uno más, llega a nariz entre aromas de lilas y violetas. Regalos caros de empresas y clientes. Tantos años de contaduría, jubilado de su propio estudio, perdía las horas en programar su muerte como vencimiento impositivo. Con mínimas ocupaciones, visitar a su padre en el geriátrico, esporádicas charlas café por medio con su hermano, apenas

cumpleaños, se debatía entre nada para hacer por un lado y planificar su final tan remoto por otro. Había construido infatigable e inconscientemente esta soledad. La relación con sus dos empleados había sido amable, recordar sus cumpleaños con un obsequio, desearles felicidades para las fiestas, algún chiste al pasar, encerrarse en su pequeña oficina. No era hosco, no le costaba sonreír, pero tomó ese tren del que no pudo bajarse en otro lado. Recorrió con disciplina los casilleros sin tirar dados. La realidad se había encargado de forzar algunas modificaciones. Se vio obligado a cerrar su pequeño estudio. Perdió varios clientes que emigraron, quebraron, cambiaron. Entonces tramitó su retiro, indemnizó a los dos empleados con un crédito (no quiso meter mano a las acciones y bonos) y puso en alquiler la oficina para pagar las cuotas. Hizo algunos pequeños trabajos desde la casa, pero la enfermedad de la madre, más la soledad del padre, sacudieron sus andamios. Era tarde, sintió, para reiniciarse. ¿Qué podría emprender a esa edad más que algún viaje, ir a penosas reuniones de jubilados? Sus sobrinos ya estaban ocupados con sus profesiones y vivían a un par de horas, para verlos había que hacer demasiados planes que a menudo se frustraban por imprevistos. Hacer una caminata a media mañana y mirar una vieja película (Hitchcock, su director favorito) a la tardecita, no era sostenible por mucho tiempo. Por eso el estudio de aromas y cómo realizar su emisión desde un cuerpo en llamas, se convirtió en tarea fundamental. Una especie de tesis con investigación, pasos a seguir, tarea de campo, formulación de hipótesis, recolección de datos. Así se lo planteó. La idea se acomodaba perfectamente a sus deseos y características. Era metódico y estaba obsesionado.

Podría sellar las fisuras emocionales con el proyecto. Siempre y cuando no se le produjera un terremoto que hiciera inútil el pegamento maniático. Por el momento, funcionaba. Nada sabía de química y tampoco el arte era su fuerte, de modo tal que todo se basaría en testarudez y convencimiento. Si quería que su humo oliera a lavanda, le bastaba con ver de qué modo habría de esconder espliego en su cuerpo. Hizo pruebas, ensayo, combinaciones. Un día quemó unos trozos de pino lustrado sucesivamente con hojas y flores de tilo, magnolia, naranja silvestre. La cocina olía a incendio de bosques. Luego calculó la proporción del féretro con la cantidad de esencias. Debía averiguar si era posible que lo cremaran desnudo o envuelto en cierto lienzo que estaría debidamente sazonado con determinadas plantas. Porque era demasiada cantidad de madera, se dijo, ¿cómo equilibrar las cuentas? Buscó en internet y en algunos videos se mostraban los cuerpos envueltos en una especie de sábana, o en los ataúdes habituales e incluso, esto le interesó, en cajas oblongas de cartón. ¿A qué olerían? Juntar valor e ir a la funeraria a averiguar.

Al frente, con vista a la calle, está el empleado de traje algo raído pero pulcro como las paredes vacías de la recepción que es también administración. Un enorme escritorio antiguo, con elementos extemporáneos (un doble lapicero de bronce, un cenicero oscuro como presagio, la luz amarilla de la lámpara de la mesa que contrasta con el blanco gélido de los tubos del techo, tarjetero), da el clima de atemporalidad viciada de vejez. Es el mismo que le entregara en ceremonia laica la bolsita con la caja de cenizas de su madre. Cuando le dijo que quería hacerle una consulta, el empleado, tal vez socio, tomó un cuaderno y una

lapicera con parsimonia ritual como para hacer un presupuesto. Su estrategia, esbozada previamente en los tres minutos que caminó desde el estacionamiento hasta la funeraria, fue contarle que quería reservar un servicio para él y evitarles a los parientes los gastos sorpresivos. No, no, gracias por preocuparse, estoy bien de salud. Podría entonces pagarlo en cuotas, le sugirió el empleado, hay que pensar en la familia, y vinieron las preguntas de rutina. Ataúdes, calidades, maderas, cementerio privado o público, nicho, cremación, fueron las palabras que acompañaron el recorrido por otra sala donde se exhibían los cajones parados como los de las momias en los museos. Después de una consulta telefónica le asignó una fecha y horario para que viera las instalaciones del crematorio. La escena fue irreal (pensó luego aunque sumido en su obsesión): el vendedor no se había inmutado, no tuvo emoción ni sorpresa, seguramente era su modo de autodefensa como la del cirujano frente a un corazón al aire o un submarinista en el encierro metálico. Ya en el auto, comenzó a prepararse para el lunes siguiente. Notó que en su oficina contable seguramente él también había mostrado la misma asepsia y falta de emoción. Sus números, transferencias, cheques, acciones, monedas varias eran solamente dibujos en una planilla virtual. Y esa abstracción lo protegía de dudas y culpas, no le permitía sospechas ni lo ponía en contacto con objetos negociados ni con personas afectadas o beneficiadas. Ni siquiera había peso de la ley, si todo era blanco y respaldado por los impuestos al día. Muchos años así, incontaminado. Las esporádicas triquiñuelas para justificar tal o cual evasión, eran apenas un leve exceso del que no había heridas sangrantes, simplemente estaban en los márgenes de los manuales, como la sal y pimienta a gusto. Su vida amorosa había corrido por esos

mismos surcos. Alguna noviecita en la adolescencia y casi nada más. Sólo un recuerdo reprimido de la fugaz terapeuta rubia como Ingrid Bergman. No encontró con quién establecer un matrimonio aburrido y el trabajo sirvió para sublimar. Un estereotipo.

V

Le decían Carito, en lugar de Carlitos, porque tenía pura memoria visual y le encontraba parecidos a las personas. A determinada edad, explicó una vez, en un pueblo o en una ciudad mediana, casi todas las caras te resuenan porque los tuviste de compañeros en el colegio, en tu curso o en otros, en bailes, en el club, parientes de vecinos, lo que sea. No sé de dónde, ni cómo se llama, pero esa cara la tengo vista.

-Carito, ¡el identificador facial!

-Reíte. No soy el único. Estaba esperando el bondi y un tipo, más o menos de mi edad, me miraba y me miraba. Al final se acercó y me dijo que me conocía de algún lado, yo también. Estuvimos tirando lugares, fechas, nombres de amigos pero no hubo caso. En otra ocasión me pasó lo mismo pero aunque no recordábamos haber estado en contacto, teníamos a algún pariente de vecino en común.

-Parece el juego Kevin Bacon. Sí, por el actor. Seis grados de separación. Estamos a seis grados de conocer a cualquiera.

-Ah, sí.

-¿Eh?

-Qué sé yo. En la feria del libro lo vi a... Paul Auster, sí, ja ja, el esposo de Siri. Me firmó un libro. Él estuvo con Obama, Obama con el Papa. En tres pasos me acerqué al Papa.

-¿Te dio una estampita?

Pero Carlitos no contó sus últimas impresiones. No era el momento. Se lo tomarían para la joda. Además ya empezaba el juego. Y uno muy ruidoso, la murra. Habían visto un video y el veterano Raúl recordaba a su abuelo italiano, y otros paisanos (como los llamaba el nono), a los gritos, divertidos, concentrados, extendiendo dedos como amenazas, con velocidad increíble. Due, sette, tutta la murra. Más primitivo que el juego con piedras luego convertidas en dados o fichas, a puro cuerpo, completamente digital. Sin tablero, se podía jugar en interiores, en la montaña, durante el recorrido, a cualquier hora en la que hubiera un mínimo de luz, en los largos viajes para matar el aburrimiento del exilio, la tristeza por estar solos, nostalgia del suelo natal, y con la esperanza de la tierra allende este mar áspero e interminable. De pie o sentado en una roca. Bastaba con saber contar hasta diez.

Anterior a piedra, papel y tijera, tan silencioso, y puro azar. La murra se habla, se grita, hay picardías y velocidad, observación del otro, hinchadas de un grupito que no se fanatiza con ningún contendiente, ríe, y si hay con qué, bebe, luego cantan, cuentan historias viejas, habladurías nuevas, retoman los desafíos. Así va uno, due, tutta la murra.

Vieron varios videos, eran cortos, un minuto apenas. En ellos había una intensidad que los divirtió. No pudieron jugar todos juntos como hacían esos sardos semiagachados que lanzaban metrallas y cambiaban rápidamente de contrincante a medida que ganaban una partida. No terminaron de entender pero se animaron a imitarlos con torpeza en un círculo en medio de la habitación que aunque amplia parecía limitarlos porque hacía falta revolver los brazos, torear, girar sin necesidad de tener cuidados por muebles o adornos frágiles. Corrieron la mesa contra la pared, como para bailar. Pero terminaron jugando uno contra uno, mientras los otros, sentados, anotaban los puntos, convirtiendo la rapidez tradicional del juego en una especie de película lenta. No era tan fácil como parecía, coordinar lo dicho con lo observado en el despliegue de dedos o puños. Una sabiduría antigua, previa al papel; un ojo de cazador al acecho y a la carga, o de soldado primitivo, frontal, con un palo amacanado que se blande. Acá hay solo una amenaza de corifeo, griterío de ópera bufa que se ríe luego de sí, ninguna violencia ni dientes apretados, la lengua se agita al ritmo del torso y los brazos.

Ya se jugaba en el antiguo Egipto. Y seguramente desde las cavernas. Más antiguo que hacer puntería con piedras porque no necesita espacio ni más objetos que los dedos y contar hasta diez. Tal vez acertarle a un árbol podría haber sido anterior si no hubiera sido imprescindible saber quién le atinó más veces. Pintados en un vaso griego, Helena y Paris lo juegan. ¿Formará parte de una apuesta con premio sexual? Según la leyenda ella inventó este juego.

-Esto es como el yoga.

-Para mí es lo contrario pero me deja igual de tranquila.

-Ahora, porque antes anduvimos a grito pelado. Y carcajadas. Se van a quejar los vecinos.

-Acá dice, lo leí anoche –Marta siempre con papeles- que en Italia estuvo prohibido porque gritaban, tomaban mucho alcohol, apostaban y se armaban peleas por deudas. Solamente en Trento fue sacada ¡en el 2001! de la lista de juegos prohibidos.

-No puede ser.

-Acá, mirá. Lo prohibió el fascismo.

-Bueno. Nos puede quedar como un juego base cuando no tenemos otra cosa.

-Sí. O como picadita previa.

Raúl tenía siempre esas salidas de meticulosidad conservadora. Decir un supuesto piropo inconveniente, hacer un comentario xenófobo. Pero no es un mal tipo sino un antiguo que no logra desprenderse emocionalmente de esa formación milenaria. A pesar de todo, lo estiman. Es generoso, algo gruñón, gracioso hasta el borde. A veces se le escapa una frase babosa pero sin intención invasiva o acosadora, nada más que tópicos que Irene no deja de marcarle. Está aburrido, no tiene amigos del café o viejo bar o billar y cartas por porotos, y esto es una buena terapia que acepta como deconstrucción aunque no sabe qué significa. Diego dijo una vez “parece un tano que va a Corea y abraza y besuquea a todo el mundo”. Jamás se propasó, estas mujeres lo reconocen, salvo al soltar inconveniencias como andá

a lavar los platos. Al principio resultó chocante, lo aceptaron porque Marta lo presentó, un jubilado divertido. Luego le tomaron el pulso y lo van llevando pero siempre le marcan la cancha y él baja la cabeza y acepta todas las tarjetas amarillas. Sus compañeros militantes desistieron de criticarle su tópico chauvinista porque parecía sólo un relato torpe que no ponía en práctica en la vida cotidiana con los venezolanos, bolivianos y peruanos ni con los pibes de la calle. Sólo los motochorros le hacían saltar la térmica y se le escapaba (cada vez menos) el “hay que cagarlos a tiros”.

Tras el vértigo creciente del juego, un ascenso de tensión y voces y velocidad, se produjo el final enervamiento, la laxitud. Satisfechos. La murra es un acto sexual prolongado. Una orgía ordenada según la astucia de los participantes. Nada de azar, en todo caso incertidumbre donde la observación ayuda a encaminarse hacia el logro. En China, en Mongolia, en el mundo árabe. Se jugó en las tabernas, se prohibió en los mercados, para dirimir precios o ganar dinero, (papeles de Marta: En la ópera cómica Rita o el marido maltratado del compositor italiano Gaetano Donizetti, se hace referencia al juego. Los dos hombres se juegan a la mujer a la morra, ambos hacen trampas para perder, ya que ninguno quiere casarse realmente con ella porque supuestamente es una arpía). Leyeron este fragmento y Raúl se sonrió, contenido, a punto de hablar de la bruja, el casamiento como pesadilla y el ama de casa. Lo practicaban los soldados romanos y lo llevaron a todo el imperio. En las trincheras durante la primera guerra se entretenían hasta en penumbras, Dignus est, quicum in tenebris mices dice Cicerón, mientras esperaban definir el resultado de la vida y la muerte.

-Como la ruleta rusa.

-Y dale con la ruleta rusa, la busqué y no es rusa, es un invento de un escritor que no me acuerdo, habla de la legión extranjera. No lo pude imprimir porque no había tinta. Para la próxima lo traigo.

-Dejá, me fijo en internet. Total no vamos a jugar a eso, ¿no?

-Ja ja.

VI

El mensaje apareció tímidamente entre publicidades de hoteles londinenses, viajes con descuentos, bicicletas, becas de universidades e instituciones desconocidas. Todo previsible dentro del mecanismo de invitación al consumo que inunda las redes. La transformación de una lata enviada a los soldados en el nombre de un acoso mercantil. Eso es Spam (le había gustado la historia de esa palabra). Mezclado con ellos, un mail de un estudio de abogados con un adjunto. En conocimiento de los daños y el perjuicio por Ud. sufrido en su accidente, nos ponemos a su entera disposición para iniciar acciones legales contra quienes lo ocasionaron. Blablabla. Comunicarse con teléfonos, etc. Estudio tal y tal. Sorprendido se dispuso a abrir el archivo de video. Recordó la cara de la chica del reparto,

mientras la rueda de espera se movía en la pantalla cargando unas imágenes de vaya a saber qué. Finalmente aparecieron apenas unos fotogramas (con letras de agua del estudio de abogados) en vista aérea donde se destacaba como un punto su gorra verde y luego la cara y logo de la ciclista. Se habían movido rápido. Él había ya escuchado historias por el estilo, cartas a accidentados, invitación a cobrar deudas incobrables. Evidentemente obtenían información de las aseguradoras, los hospitales y comisarías. Pero esto no fue registrado, él no hizo ninguna denuncia, no había pasado nada, ni un raspón. ¿Podían construir un caso, una demanda civil, a partir de una nimiedad? Y aún más sorprendente: ¿de dónde habían sacado ese video, que con toda seguridad era más largo y le habían enviado una muestra (ves lo que tenemos)? No parecía de un domo municipal. Los pocos segundos tenían una toma cenital y luego saltaban (ahí faltaban imágenes) a su cara y a la de la pobre chica. ¿Qué le iban a sacar a ella si ni seguro les daban esas empresas? y a las empresas menos todavía pues estaban cubiertas por la exótica legislación. Pero la rapacidad no tiene límites y cuenta con el miedo de los enjuiciados. Tiran al montón una ráfaga de cargos y a algunos le aciertan. No pensaba hacer absolutamente nada. Ignoraría por completo ese y los sucesivos mensajes que le enviarán. Lo que sí querría es poder ver ese video que le había generado una enorme curiosidad. Volvería a la cuadra a averiguar, tal vez en alguno de los comercios supieran algo. Recordó de inmediato el Sex shop, era posible que ellos tuvieran alguna cámara o cámaras y que les hubieran comprado la información los del estudio jurídico. Salvo que fuera un lugar de muchos accidentes y que les vendieran el paquete semanal de grabaciones, no parecía que pudiera haber

dinero para tantos. Organizó sus recorridos para pasar por la zona. Su trabajo, esa changa de muchacho de los mandados, le alcanzaba para lo básico, y con dos o tres paquetes en la mochila, cumplió la cuota diaria.

La cuadra tenía el mismo movimiento que aquel día; mirar para los dos lados al cruzar le decían de chico y esta vez lo hizo y sonrió. La pequeña vidriera del Sex Shop Edén se destacaba por el rojo brillante del cartel y la infinitud de leds. Hola, una pregunta, dijo tontamente, y lo miró el empleado acostumbrado a todo. Lo sorprendió porque el muchacho estaba preparado ante cualquier inquietud sadomasoquista pero no para hablar de la cámara de seguridad. Llamó entonces a otro. Él le explicó someramente sin entrar en detalles legales que podrían ponerlo a la defensiva.

“La grabación de acá se borra cada cuarenta y ocho horas. Pero hay un grupo que periódicamente hace trabajos de filmación para la universidad. Son conocidos en la cuadra porque vinieron a presentarse y pedir autorización.” Dijo el dueño y buscó en el teléfono. Luis generaba confianza, como su tía. No despertaba sospechas ni conflicto. Salió del local con un dato y un entretenimiento, jugar al investigador. Un amigo de Luis tenía una librería y formaba parte de un grupo de librereros que hacía muchas ventas por internet; cuando él volvió de Londres, surgió la idea. El correo era caro y desproporcionado para el costo de los libros. Él se ofreció a llevarlos por el setenta por ciento, los pasaría a buscar y los entregaría personalmente, y con un promedio de seis despachos diarios redondeó un pequeño salario suficiente para sobrevivir. Combinó los recorridos y en una semana había resuelto quién era la profesora

y arreglado un encuentro con ella para charlar. Cuando le comentó sobre los abogados, Natalia se puso a la defensiva, pero Luis le explicó que solamente le interesaba resolver cómo les había llegado el video e incluso le explicó que si ella no lo sabía tampoco le importaba demasiado, nada más que curiosidad. La profesora, de unos treinta y cinco años, se sinceró. No tenía ni idea.

-Seguramente, arriesgó, alguno de mis alumnos, los que participaron del trabajo, lo habían mostrado a familiares o amigos. Todavía no estaba terminado, pero cada uno de ellos tenía un borrador, el crudo. Podría llamarlos.

-No te preocupes, no pasa nada, me gustaría verlo y listo.

Charlaron brevemente de otras cosas, viajes, vidas, profesiones.

- Sabés inglés, qué bien. Te animás a hacer los subtítulos, a traducirlos digo. Tenemos una versión muy casera y no quedó bien. Además siempre presentamos estos documentales en el extranjero, universidades, encuentros, concursos. Bueno, te paso lo que tengo yo que es una versión bastante prolija y me decís qué te parece.

De una curiosidad a un trabajo en casa. No le disgustaba ser el pibe de los mandados, estaba al aire libre, andaba por la ciudad, casi un paseo, pero esto lo volvía a su faceta profesional y a intercambios más intelectuales que comerciales.

Concluyó ese día y pasó también el siguiente. Al anochecer recibió el link para el video, y un breve mensaje reiterando la

propuesta de los subtítulos, cuánto pagarían y cuestiones de trámites que en caso de aceptar debería resolver.

Verse desde arriba era extraño. En cuántas películas lo habían seducido esas imágenes aéreas de las ciudades. Generalmente acompañaban los títulos, a veces mostraban persecuciones. En este caso, él se veía. Su gorra verde como la gota del googlemap, le impedía perderse. Si existe el cielo la tía está ahí mirándolo. Primero la cámara está fija, tomando como ojo de pez una multitud en desplazamiento en las dos direcciones pero rebotando en una esquina donde hay barricadas y humo. Luego se produce un pequeño torbellino y a medida que se expande, la lente se acerca a tierra y se ve a sí mismo caído, desparramado, hay una estela abierta que se extiende unos tres metros hasta donde se ha detenido en escorzo la bicicleta con su conductora, que se termina de bajar y se dirige hacia él mientras se va cerrando a su paso el hueco que dejara, ahora se aglutinan los curiosos y más allá los que ni se enteraron del suceso continúan su marcha ocupando todos los espacios. La imagen, gran friso de costumbres ciudadinas, se empieza a velar por partes con el hollín que la atraviesa. El vocerío inicial y los redobles de la protesta se inundan de sirenas que también aportan reflejos azulados contra los edificios y cruzando al humo. De inmediato se ve al gorro verde en movimiento hasta doblar en la esquina, la cámara lo abandona y regresa unos metros donde otro personaje con un sombrero rojo despampanante, tal vez un bonete, pega saltitos exóticos y protagoniza el divertido final de los pocos minutos del video.

A Luis le llaman la atención dos cosas: no hay diálogos (¿en qué consistirán entonces los subtítulos que debería traducir al

inglés?); no están todas las imágenes que le mandaron los abogados. Lo primero vendría luego en un documento de texto: entre poético y descriptivo hablaba de las peripecias del hombre común en una gran urbe. Por otra parte, pensó, los primeros planos de él y de la chica, muy probablemente, se habían descartado en la edición y estarían en el crudo, que no les convino a los cineastas tanto como a los del estudio jurídico.

Chateó con Natalia, le dijo que le había gustado el documental, ella le mandó los textos y él no le preguntó si le podía enviar además todo lo filmado porque le dio vergüenza parecer tan narcisista. Afortunadamente. Porque de inmediato recibió un video mucho más largo, con la explicación. El anterior era la parte en la que aparecía Luis, el nuevo envió sí era el documental completo, prácticamente definitivo, salvo los subtítulos, con una duración de unos seis minutos. Lo miró con ansiedad, no encontró ninguna imagen propia que fuera nueva. Aparecían otros personajes y el equipo había armado una narración en la que algunas secuencias se repetían con distinto tratamiento (más o menos velocidad, algo con el color, acercamientos).

No era necesario que trabajara con lo filmado, le dijeron, sino directamente con el texto que le enviaron. Ellos se encargarían después de pegarlos en los lugares correspondientes. Así y todo, durante esos doce días de trabajo nocturno, lo vio una y tantas veces, con pausas, retrocesos o avances rápidos. La narración le resultó atractiva porque no se habían contentado con hacer volar un dron y luego reproducir lo grabado, sino que habían hecho un excelente trabajo de edición que convertía la rutina de una calle en historias con cierta tensión dramática. Por ejemplo, se dijo,

esta onda concéntrica que se forma cuando me atropella la bicicleta, aparece cuatro veces. Enumeró: en el preciso instante del accidente y tres veces más que no son simple repetición porque arrancan en momentos distintos como si quisieran destacar la ola que se aleja. En la última ocasión, la cuarta, no se ve ya el centro donde estamos la chica del reparto y yo, sino un desplazamiento de personas que son empujados hacia afuera del ojo. Sí, claro, la gente replica la dinámica de un ciclón. Qué bien está la secuencia del humo y las luces de las ambulancias. Otra noche notó que los sonidos tenían el mismo trabajo, producían un efecto de alejamiento. Primero sonaban notablemente los bombos y redoblantes, luego, de a poco, se iban diluyendo y mezclando con las sirenas. El momento en que él doblaba definitivamente la esquina aparecía dos veces. En primer lugar había una toma desde que se ponía de pie, iba hasta el borde, cruzaba, recorría la vereda opuesta pasando al lado del hombre del bonete rojo y se perdía. Después volvía a aparecer la parte en que él caminaba los últimos metros y doblaba. Ese era el final del video. En medio se demoraba en otras historias secundarias: la chica del delivery desde unos segundos antes de toparlo hasta que volvía a subirse y partir, el hombre con su caminata extraña (la gente en el balcón que quizás estuviera dándole órdenes o indicaciones con un megáfono sólo se podía ver en el crudo) y el toque divertido del pelado que entra rápidamente al sex shop y sale con un paquete con actitud de espía perseguido (la eficacia del gag está en que saltaron el tiempo en que estuvo dentro del local, entra, hay toma de tres segundos de la vidriera colorinche y sale con la bolsita). Revisó el documento a traducir y notó que para esta parte no había texto. También le pareció un acierto porque evitaba lo obvio, reforzaba la situación. Del mismo modo

habían tratado el corte de calle. La noticia habría sido enfocarse en ellos, acá había una intención más artística y las banderas, la columna negra que se espirala, cantos y redobles se dejaron en el límite y se aprovecharon para realzar el relato. Más o menos por la mitad del video, casi en el minuto tres, hay una imagen desde el dron que le gustó especialmente. Hay una panorámica que hace centro en medio de la calle y la cuadra, se ve en un borde la manifestación, en el otro extremo la calle por donde él finalmente se perdió y en unos prolongados segundos, antes de hacer zoom, la multitud en grupos y actividades diversas, la vida misma con sus accidentes, necesidades, pequeñas historias. Le hizo acordar a un cuadro de Brueghel y cuando se lo comentó a Natalia (siempre pedía opiniones), a ella se le iluminó la cara. “Sí, claro, fue mi inspiración. Tendrías que venir al estudio, nos vamos a reunir y me gustaría que estés presente como parte del equipo”.

Volvió a esa ventana que se había abierto, el cuadro de Brueghel. Varios cuadros en los que hay pequeñas multitudes, paradoja; muchas personas con diversas historias, algunos solos, la mayoría en grupos, con sus ocupaciones. El artista es un pequeño dios, que no mira de lejos sino de ahí nomás, daimon local, caprichoso, amoral por ser simplemente descriptivo, señor feudal que gobierna un acotado espacio, no tuvo intervención en la creación del mundo aunque perpetuó un día que de otra manera habría desaparecido. Transformó el barro original en esa pieza viva que es la obra de arte. Entonces no es sólo descriptivo. Hay una elección que deja afuera el resto del universo. El video del dron tenía más movimiento pero menos vida. Cómo es que esa gran imagen detenida de un pequeño poblado contaba más

historias y emociones que los largos minutos de la película aérea. Tal vez invitaba más a mirar con detenimiento, tal vez fuera la mano sabia del artista. ¿Cuestión de calidades o de procedimientos? ¿Los desplazamientos del ojo mecánico producían vértigo por ver lo que venía y el cuadro volvía moroso al espectador? Tuvo esas sensaciones pero pensó que lo excedía tratar de responder las preguntas. Podría formularlas al grupo. Debería buscar la manera de no parecer peyorativo por la comparación. Buscó el video y producto de la ansiedad no lo encontró de entrada. Se demoró y abrió una carpeta rotulada Oporto. Había algunas fotos, se detuvo unos segundos en la que le envió a la tía, la esquina donde supuestamente vivieran los abuelos. Luego miró las del puente Don Luis. Había un videíto desde el tren o tranvía que lo cruzaba por lo más alto. Allá abajo vio, él es ahora un pequeño dios, el río y los techos rojos o negros a ambos lados, personas caminando por la calle costera. Era distinto al producto de Natalia. Predominaban el agua, los verdes de la vegetación, las viviendas. No el amasijo de personas. Ventajas quizás de una ciudad que es invadida por la naturaleza, el Duero restalla, los montes condicionan. Aquí, claro, también determina el paisaje urbano pero es construcción, cemento, vidrio. Encontró el video. Play. Creyó que no había sido sólo por el accidente que lo habían hecho personaje, sino por la gorra verde que tejiera la tía. Sí, había otros protagonistas destacados por la edición: el hombre del bonete rojo y el pelado del sex shop. Verde, rojo, más o menos amarillo, y se puso a reír. ¡Semáforo, semáforo!

VII

Ludoterapia parecía una palabra excesiva, grandilocuente para la mayoría de los integrantes del grupo. Pero era eso en realidad lo que los reunía, una distracción, un momento propio, compartido con extraños que de vez en vez se fueron haciendo si no amigos, conocidos con cierto afecto. Raúl, el tano, estaba aburrido en su condición de jubilado; Trini, en cambio, vivía a las corridas con sus tres hijos, dos adolescentes y uno en edad de preescolar que quedaba a cargo de sus hermanos para que ella pudiera tomarse un descansito. En el único horario que pudieron acordar entre todos, ella no podía contar con su esposo que entraba a trabajar a las seis de la tarde y volvía de madrugada. Y así los demás. La dueña de casa, separada y agotada por las apreturas económicas; Marta, ávida de socializar fuera de la oficina kafkiana del ministerio; Diego, el más joven, de asistencia muy irregular porque a menudo tenía trabajos de fotografía (un quince, como decía, un casamiento, etc.). Carlos tenía una vieja tienda heredada, aburrido entre telas y alfombras pasaba la mayor parte del día detrás del antiguo mostrador, observando el paso de la gente en una calle lateral y tranquila. Hubo algunos más que apenas fueron a media reunión y huyeron hacia gimnasios o talleres literarios.

VIII

Su madre, a pesar de una vida sedentaria y los problemas cardíacos, vivió hasta los 86. El padre tenía 90 y estaba bien. Si no surgía un imprevisto, calculó, me quedan de veinte a veinticinco años. Suficiente para organizar su aroma futuro. Debía renovar el registro de conductor. Solicitó turno, se presentó en la dependencia correspondiente y pasó el examen físico. No estaba sordo, veía bien. Eso era todo. No lo alteraba la burocracia, había sido su ecosistema durante toda la vida profesional: encargarse del papelerío que para el resto de las personas era una pesadilla o un incordio, seguir protocolos sin más sentido que la justificación de un castillo de empleados y poner timbres, sellos. Nada de eso le molestaba ni le llamaba la atención. Pero ahora había notado olores nuevos, o quizás fueran los mismos y él estaba receptivo por su monotema fúnebre. La tinta, tantos años inocua, se mezclaba con un dejo a cigarrillo, desodorantes varios y la sequedad del aire. Quedó impregnado. Concluyó el trámite, salió a la calle con la decisión prevista de retirar tres botellas del Club del Vino, caminó bajo los árboles y no pudo sentir los perfumes amables de los tilos. Apenas se colaba con esfuerzo una gota entre toda esa barrera desagradable. Escapes, perros, residuos, todo hedía. Se fue directamente a su casa. Lo primero que hizo, con malhumor creciente e inusual, fue bañarse; con la cabeza inclinada hacia atrás, dejó que el agua se le metiera por la nariz, se frotó la calva con vigor, el lado áspero de la esponja raspó como lija las uñas

de las manos y los pies. Toda la ropa que había usado ese día fue a parar a una bolsa, con la actitud del criminal que quiere borrar las huellas pertinaces de la sangre. Se hizo un té, con parsimonia, se sentó y lo saboreó recuperando el ánimo y los olores habituales. Lo distrajo un llamado telefónico de su operador bursátil que le sugería la oportunidad de venta y compra de ciertas acciones. Había acumulado un pequeño capital (más como procedimiento habitual de su profesión que como especulación), que le daba una cierta tranquilidad económica. El extemporáneo teléfono de línea seguía allí, casi sin uso, había servido solamente para comunicarse en otros tiempos con sus padres. Un objeto ritual, un resabio que también se negaba a morir y emitía su sonido de modo cada vez más espaciado, como en estertores. Se hizo la tarde. Pensó en la comida y resolvió que serían verduras, nada de carne; había planeado ver *Repulsión de Polansky* y recordaba la escena del conejo lleno de moscas. Generalmente no le daban asco esas imágenes. Fue una decisión más bien racional. El terror psicológico le gustaba. No así cuando incluían entierros en vida. Su fobia. Culpa de la señorita Mirta que les dio como tarea a los once años buscar un libro de la biblioteca escolar, leer un relato o poesía a elección. A él le atrajo la tapa de una *Antología de cuentos de Edgar Alan Poe*. Y leyó el maldito “Enterramiento prematuro” que le da pesadillas y ahogo todavía.

El mecanismo de protección lo llevó rápidamente a los olores agradables. Allí por la ventana entreabierta se colaba el viento y movía el aire con el aroma de la ensalada. La albahaca y el tomate, el chorro de aceite de oliva, como una emotiva canción, lo envuelve y aísla de cualquier mal pensamiento. Había

recalentado un trozo de pan, servido una copa de vino y humeaba el tazón de sopa. No era una canción, era una sinfonía en la que todo armonizaba y de vez en vez se destacaba un instrumento con su solo. Y finalmente el allegro de la mandarina con su cáscara que humecta ambas manos.

Al día siguiente, cuando salió a hacer su habitual caminata intensa, comenzó el torbellino. Alguien paseaba fumando junto al carril para trotar. Cuando el contador vio el humo comenzó a protestar para sus adentros. Odiaba el cigarrillo, esa pestilencia pegajosa. Como iba a paso rápido, alcanzó al fumador y percibió para su sorpresa un aroma muy agradable. Quedó por un momento al lado, vio la pipa. No pudo desprenderse de la fragancia que lo embriagaba, entre vainilla y lavanda, precisó. Terminó el circuito de media hora, volvió a su casa, se bañó, se cambió, depositó la ropa transpirada en la bolsa para el lavadero y salió. A pocas cuadras, en la avenida, había una tabaquería. Atendía un joven que dejó su lugar al padre cuando el contador le pareció ser alguien dispuesto a gastar más dinero que los clientes habituales. Le dio una conferencia sobre materiales y tabacos. Y para comenzar se llevó dos pipas y cuatro variantes de mezclas, más un pequeño libro de regalo. Un gancho para volver.

Se sentó con parsimonia en el sillón y desplegó las novedades sobre una mesita. Optó por la pipa Bing, un clásico le había dicho el vendedor (lo afirmaba claramente el libro), y tabaco Virginia. El aroma inundó la habitación. Probablemente por la novedad se distinguía de los tés, frutas, especias, que habían reinado hasta el momento.

No terminaron allí las señales. En los días sucesivos se sumaron un hornillo con esencias, colocado en el pasillo hacia los dormitorios, un sahumero en el baño. La almohadita rellena de semillas varias salía del microondas directo a su espalda o al cuello y no siempre para evitar algún malestar de cervicales. También los cajones del placar fueron invadidos por jabón natural, sin químicos decía la etiqueta, elaborado con ciertas flores y jugos frutales. Como un extraño dios se desplazaba con atmósfera propia, una nube protectora hecha de la combinación heterogénea de tabacos y otros humos. La manera debería ser, pensó, que todos los aromas que me gustan se metan en mi cuerpo, como una dieta, como cuando tomé las pastillas de hierro más los alcauciles y hojas verdes, y el orín tenía ese olor y la transpiración tenía ese olor. Así es. De ahora en más, reconvertirse. En la materia combustible de su cuerpo, en cada rincón, habría solamente sus perfumes. Y por la chimenea última saldría su viento, su delicado aire, para mezclarse amablemente con los eucaliptos, aromos y magnolias del parque que rodeaba al crematorio. Al menos ese era su plan. Se conformaba con invadir una zona pequeña, no es megalómano sino hombre común y lejos de él está pensar en un imperio, creer que su aire cubrirá el planeta. Lo mueve la simplicidad de quien ha ido cumpliendo con sus obligaciones ciudadanas y profesionales. Pagar los impuestos, votar, saludar, acompañar a sus padres, hacer todos los trámites. Prolijidad entre el debe y el haber. Y que su última participación deje una huella amable en el entorno.

Lo esbozó durante una caminata. Concibió en esa media hora el soporte ideológico de su tarea. Luego, lo olvidó porque cada ocasión, cada momento, lo sumía de manera obsesiva en el

encuentro, cata y selección de su futuro hálito. No solo aquello que comía o bebía, sino todo lo que llevaba encima y lo rodeaba cotidianamente debía acordar con una buena mezcla, el blend final. Ante la imposibilidad de elaborar su ropa (aunque en primer lugar lo pensara), optó por neutralizarla con agregados, y así los bolsillos escondían hojas o ramitas. Convirtió la entrada secundaria en una especie de cámara de presurización donde, cuando regresaba supuestamente contaminado, se desnudaba para no invadir el resto de la casa con los olores odiosos de la calle. Un saco y un pantalón para salir, la ropa de ejercicios matinales, zapatos y zapatillas descansaban en el garaje con una claraboya levemente abierta; de allí al pasillo y luego a la ducha. Con protocolo de laboratorio peligroso. Pero supo que no podría sostener ese procedimiento por años y después de un par de semanas enloquecedoras, negoció consigo y practicó un camino intermedio más realista. Dejaba el calzado en el garaje, vaporizaba el ambiente (nada de aerosoles) y enviaba la ropa al lavadero una vez a la semana. Se focalizó, ahí sí fanático, en la comida y los humos. La pipa, los calderillos y sahumerios. Jabones y plantas especieras. La claustrofobia se neutralizaba con dos vueltas al parque y el jardín con huerta que ocupaba unos quince metros detrás de la cochera. Poco a poco las salidas para trámites casi desaparecieron, los podía hacer desde su casa. Y cuando eran inevitables, iba con el auto, tenía el menor contacto posible y de regreso, la desnudez mirando el cielo por la claraboya y las plantas por la ventana enrejada. Adentro era un aprendiz de brujo que combinaba olores en busca de la esencia última.

Otro día le asaltó fugaz la duda. ¿Su nube sería autónoma? Claro que no, los perfumes se van disipando en el aire, mezclando con otros. Llegó hasta el borde, no traspasó esa frontera porque la especulación filosófica o religiosa lo excedía; fueron muchos años de números concretos. Su oficio lo alejaba incluso de la poesía de las matemáticas que lindan con lo imaginario. ¿Cuántos infinitos hay? ¿hay infinitos más grandes que otros? Menos que menos se preguntaría si el aroma final de cada persona se mezcla con el de las otras, si conforma una gran mixtura, la atmósfera. Vio el posible camino pero no pudo adentrarse. Siguió entonces con la observación de lo inmediato y con la convicción de convertir su masa corporal en un aire que lo representara.

Cada año, para la misma fecha, se hacía un análisis completo de sangre y orina. Más números para sus números. Todo estaba en orden. Algo subía un poco o bajaba un poco dentro de los parámetros normales. Estaba sano. Gracias a los genes, el ejercicio y la dieta. Solamente la calvicie y los anteojos le daban aspecto de hombre de la tercera edad. Tenía tiempo para modificar sus olores internos pero debía ser meticuloso. Quizás bastara con que no contaminase el bosquecito, con estar limpio, pensó mientras fumaba un perique picante de Luisiana. Lo dejó de inmediato porque le desagradó. Vacío la pipa y arrojó el resto del paquete en una bolsita hermética. O quizás pudiera aportar una delicadeza, algún toque personal. Dijo y se sintió satisfecho, él, el contador que nunca había querido llamar la atención. Por qué no, por qué pasar siempre tan desapercibido. No era ninguna grosería, ningún exceso, solamente un nota de distinción, como llevar un pañuelo en el bolsillo del saco, bien simple. Nada que

provocara estruendo. Un detalle. ¿Si tenía tanto tiempo por delante y había decidido modificar su cuerpo, por qué aferrarse a los mismos hábitos, por qué no saltar las barreras de sus rutinas producidas por una vida laboral que ya no ejercía, por padres que ya no tenían influencia en sus decisiones? Su vida sexual era pasado bastante remoto. Le gustaba la soledad y su orden. Pero tal vez pudiera reconvertirse. Y entonces se le ocurrió que quería emitir un perfume afrodisíaco. Por qué no, se dijo mientras regaba las plantas del jardín. No se animaría a salir de la vida solitaria, a estar en pareja, pero tal vez el aire final atrajera otros aires; sería un seductor póstumo.

Buscó en internet. Prendió la pipa, tabaco suave y avainillado. De fondo, para hacer juego, puso unos temas de Bing Crosby (nunca lo había escuchado pero el viejo de la tabaquería le explicó que fumaba en esa clase de pipa y de ahí su nombre). Le encantó un fragmento de Holliday Inn. Ahora, sigue la música mientras recorre sitios bizarros, y para la noche se reserva verla completa. Suele caminar por la cornisa de las películas de terror psicológico con el riesgo de toparse con imágenes de su enemiga la claustrofobia. Hoy no, necesita un poco de paz con este film en el que baila Fred Astaire y cantan juntos. Una fiesta. Desbrozando publicaciones fantasiosas, videos eróticos, soluciones mágicas, encuentra algunas recomendaciones entre históricas y científicas que le llaman la atención: Cleopatra y sus rituales. A la cita famosa con Marco Antonio llegó en una barcaza repleta de oro y remos de plata, mientras un perfume indescriptiblemente delicioso era venteado desde la nave hacia las márgenes del río. Alumbraba las noches con velas perfumadas con el aceite esencial de la rosa de

Bulgaria, que crece al pie de los Balcanes, se recogen al amanecer porque el frío nocturno ha concentrado todo el aceite en la flor. Todas las rosas huelen distinto, la más erótica es la búlgara, la de Marruecos la más potente. También se habla de más aromas afrodisíacos. El humo amable de Virginia invade la concavidad bucal y él la retiene con lujuria, la voz de Crosby (cantando esta canción al piano con la chimenea detrás) se mezcla con el tabaco, con las reverberaciones de la egipcia en un barco dorado y la intriga por cómo olerán las rosas balcánicas. En el sillón, él forma parte de la película que verá más tarde.

Otro poderoso afrodisíaco es el jazmín. Tiene uno, lo puede ver a través de la ventana. Le agrada pero probablemente lo descarte por empalagoso. Salvo si lo mezclara con menta o albahaca. Leyó sobre el almizcle, producido por glándulas de ciertos bueyes. ¿Quién puede conseguir ese producto no adulterado? se indignó. Lo tachó de su lista mental. Las propiedades del sándalo le encantaron: es un árbol sagrado propio de la India y se le atribuye la capacidad de atraer energías positivas, proporcionar armonía y equilibrio espiritual. Y lo mejor, el perfume duradero de sus hojas. Porque tampoco era cuestión de dedicar veinte años y esfumarse en un segundo. Investigó, solamente había frasquitos con esencias de sospechosa calidad. Necesitaba la flor, la hoja, el fruto, la corteza. Algunas tenía o sabía dónde comprarlas, otras no. Y en estas puso su fijación.

Seguramente habría grupos, pensó, como el club del vino al que pertenecía, donde vendieran perfumes naturales, plantas, especias. Una vez por semana o cada diez días, pasaba a buscar

botellas de bodegas recomendadas y a precios razonables. Era su placer. Cada noche, una copa de cabernet, syrah o un blanco seco. Ningún desarreglo, solo mirar el color al trasluz, girar para que se oxigene y probar, como había aprendido en un breve curso de cata que el club daba a sus asociados. Su hermano le había regalado, cuando cumplió cincuenta, un vale por tres botellas a elección. Hasta ese momento el vino era solo un consumo lateral, ocasional. Su visita al local del Club para retirarlas, fue un enamoramiento. La variedad, el orden, los aromas y la atención profesional lo subyugaron. Siguió los consejos del somellier y con el correr de los meses y de las copas se fue convirtiendo casi en un experto. Descubrió un mundo que no era prohibido pero lindaba con la lujuria. Hecho a su medida: silencio, soledad y placer.

Debía encontrar esa clase de negocio, un mercado aromático, para sumar los afrodisíacos a su construcción volátil, que ya contaba con los olores de vinos, especias y ciertas flores.

Mientras miraba la película comió sushi. Podía desentenderse de la trama. Solamente la música lo atrajo. Recordó en ese estado sin pensamientos a un cliente coreano que muchos años atrás, magia de la memoria, le había dicho que los occidentales tenían olor fuerte, desagradable. Esa idea rememoró. Tal vez no lo dijera exactamente con esa violencia pero él retuvo el concepto. Bebió un sorbo de sauvignon blanc, buscó en la Tablet y encontró rápido la respuesta. La diferencia radica en la ingesta de leche y derivados. Decisión tajante: no más café cortado, no más quesos. Una dieta de arroz, ensaladas, soja, vino por supuesto, té, pescado al vapor (pero, ¿durará más el aroma de los obesos?). Y tabaco Virginia y chocolate amargo

al 100%. De vez en cuando pecaría, pensó en la carne, pero después vendría su cuaresma. Esa noche tuvo sueños eróticos, al día siguiente buscará un buen lugar donde adquirir afrodisíacos naturales.

Un jugo de naranja, tostadas (pocas) con mermelada de arándano y un café sin leche. Sentado de frente a la ventana y el huerto/ jardín. Rotó de lugar unos días antes para no estar viendo las cenizas maternas, que, si bien habían sido despojadas de su elefante de la suerte y resto del altarcito kitsch, eran demasiado para comenzar el día. Sonó el teléfono. Mantuvo una charla de media hora con su hermano que estaría fuera del país por dos semanas. Un seminario (u otra de sus excusas de mujeriego).

-Tus sobrinos bien, estudiando.

-¿Yo? nada, como abrieron las dependencias terminé unos trámites, sí, empecé a fumar en pipa.

-Vi un corto de tu Hitchcock. Primero habla de una radiografía. Sí, ¿es la del mago? Con la primera aparición de la sierra ya me imaginé que...

-Tenés que ver La sogá. Buenísima.

-A la vuelta hacemos un asado con el viejo, así nos juntamos y los ves a los chicos. Un abrazo.

Cuando cumplió los sesenta, le regaló la biografía de su director favorito. Su hermano le conocía mejor los gustos, en cambio él apenas le hacía obsequios imprecisos (una bufanda, una bebida). Tal vez porque el menor observa más los pasos del otro desde chico. Luego se emparejan, dos años no son nada,

pero cuando uno tiene cuatro y el otro empieza primer grado hay un abismo.

Quizás por la admiración que sentía el contador por Alfred, o tal vez porque fuera así realmente, siempre encontraba puntos en común. Se sentía una “ovejita sin mancha”, tal como William, el padre, le decía al niño famoso. Y creía parecerse al Hitchcock de su edad. La seriedad y una leve mirada zumbona, prácticamente imperceptible. Mientras se lavaba los dientes, se dijo, el pelo y la calvicie exactamente iguales. Estaba seguro de que le traería pipa o tabaco de regalo. Se puso el ambo, una camisa blanca y eligió la corbata criminal de Frenesí. En ese momento no pensó en la represión sexual y su disfraz psicoanalítico, trató de ocultarse las imágenes perturbadoras de su sueño, rubias salidas de las películas nocturnas. Pudo dejar el auto casi en la puerta del geriátrico. Compró un chocolate y caramelos surtidos. Cuando sonó la chicharra, empujó la puerta y vio el largo pasillo. Allá al fondo estiraron la cabeza varios viejos con la esperanza triste de ser acompañados. Su padre estaba en silla de ruedas, listo para ir al jardín. Durante la larga hora de visita hablaron de necesidades y del pasado remoto. Se había dulcificado un poco por la edad o la dependencia. Pensó en Hitchcock muriendo entre parientes en su casa, en su cama. No podrían hacer eso con su padre. Quién lo cuidaría. Las experiencias con enfermeros domiciliarios habían sido frustrantes ya porque no cumplían ya porque su padre los rechazaba casi con violencia física. Desde la muerte de su esposa había entrado en espera, le parecía –lo habían hablado mucho con su hermano- que ya no le interesaba vivir, pero el cuerpo resistía. Le preguntó por su trabajo, qué hacía ahora jubilado,

viste a los chicos, hace rato que no vienen a visitarme, siempre de traje estás qué pinta eh, tu hermano estuvo el jueves y trajo el termo, tomamos mate. Ah, chocolate, es del blando. Los caramelos no importa que sean duros porque me los dejo, y cuando fuimos con tu madre a las sierras, el tren se quedó en medio de la nada, primero se preocupó pero después no sé qué pasó que nos empezamos a reír como locos. Los de miel no me gustan. Ahora me acuerdo, se le cayó el bolso en la cabeza a uno. ¿Ya es la hora? ¿cuándo venís? Mientras recorrió el pasillo de salida, en el televisor hablaban a los gritos, con euforia. La sordidez visual no lo afectaba. Esas paredes blanqueadas, pisos emparchados con cemento, cuadros con rastros de humedad. Pidió disculpas por pisar donde recién habían pasado un trapo húmedo con lavandina. Una mezcla odiosa que no tapaba el tufo a orín. Al abrir la puerta miró hacia atrás, allá lejos su padre le hacía chau con ese brazo que había sido robusto.

Subió al auto y se frotó las manos con unas hojas de eucalipto. Luego, como si se lavara la cara y el resto de la cabeza, se recorrió con las palmas. Tenía impregnado aún en el fondo de las fosas nasales ese olor fuerte a orín al que no podía erradicar de su aversión al sufrimiento de la vejez. Una síntesis de la decadencia física, de la humillación que padecía su padre. Quería evitarse para sí mismo esas penurias, ojalá la muerte lo sorprendiera un día antes de empezarlas. Su padre ya había entrado en la meseta final, con una lucidez que él suponía dolorosa frente a las miserias y limitaciones del cuerpo. Un día antes habría sido mejor.

Llegó a su casa. Se quitó la ropa en el garaje. Entró a la cocina y no miró hacia el lugar de las cenizas maternas, abrió la ventana

y lo invadieron especias y flores. Thanatos cedió lugar a Eros. Después de almorzar, cuando abrieran los negocios, iría en busca de aceites afrodisíacos.

Sintió el peso de la represión. El sólo hecho de entrar a un local y pedir esa clase de productos lo molía de vergüenza. Si lo viera alguien, pensó. Miedo no a hacer algo malo sino a ser descubierto. Temor de Dios o de cualquier autoridad. Recordó una anécdota que contaba Hitchcock a menudo, estaba en su biografía y también se la había escuchado en reportajes: Cuando tenía cinco años, William, su padre irlandés y católico, lo mandó a la comisaría con una carta para el Jefe de policía, quien lo encerró en una celda después de leerla. Lo liberó a los diez minutos y lo dejó ir con la advertencia de que eso era lo que le ocurría a los niños malos. El contador pensaba que esos diez minutos en el calabozo eran diez minutos en un cajón bajo la tierra. Sentía el mismo pánico que ante el cuento de Poe. Se veía tanteando a oscuras en busca de la sogá que haría sonar una campana para que alguien lo fuera a sacar de ahí, pero la sogá no estaba.

¿Cómo lanzarse entonces a la locura de ir el lunes a semejante local para conseguir esencias afrodisíacas? Nuevamente se le planteaba el diálogo difícil entre thánatos y eros. Ninguno respondía al orbe racional, la eterna lucha del deseo y el temor. Decidió ir al negocio donde, según le aseguraron, conseguiría los aromas faltantes. No era un hombre pacato pero le disgustaban las sorpresas, y esa situación podría provocarle varias porque lo sacaban de su cómodo territorio de costumbres calcificadas. De modo que tomó todos los recaudos posibles. Entre ellos, la vestimenta. Pensó que de ambo y corbata

resaltaría, así que se puso un pantalón gris, una chomba y la campera liviana marrón que jamás usaba. Pidió un taxi. Soñó que era un Austin FX4 en lugar del común Corsa blanco de tres volúmenes. La zona, dijo el conductor, está cortada por un piquete. Lo dejó a una cuadra. Efectivamente había ruidos, una cortina negra y densa, amontonamientos que lo tranquilizaron porque entre la multitud pasaría aún más desapercibido. Entró al local, entregó un número de pedido, pagó en efectivo y en menos de cinco minutos ya estaba saliendo del sex shop con su pequeño paquete embolsado. Caminó a favor de la corriente casi pegado a la pared. Cuando subió a otro taxi para regresar se sintió satisfecho consigo a pesar del olor a goma quemada que transportaba en la ropa y tenía metido en el fondo de la nariz mezclado con su propio olor a transpiración. Había estado bien en no aceptar el envío a domicilio. Pensó en la situación de abrir la puerta y que el mensajero supiera que ese vejete pelado recibía un objeto erótico, y lo juzgara cara a cara. Lo mismo habrá pensado el vendedor, pero no sabe dónde vivo, jamás me verá de nuevo.

IX

El grupo era reducido, cuatro alumnes y Natalia. Dos o tres más habían terminado con sus tareas previas y ya no participaban de las reuniones. Le costaba el lenguaje inclusivo que les otros usaban y optó por no forzarlo. Lo dijo. Les cayó

bien que lo hiciera. No tengo casi conversaciones desde que volví del viaje. Y claro, allá hablaba en inglés (omitió a los colombianos a quienes no les había llegado todavía la e). Natalia hizo algunas observaciones, Nico preguntó si no podían incluirse ciertas fotos de celular, son de buena calidad por ahí le dan otro ángulo. Según Lina rompía con el proyecto de toma única. Igual eso se quebró con la edición, no es el crudo, argumentó Mari y miró a Natalia buscando aprobación. Natalia optó por observar. Dino pidió ver de vuelta los últimos cincuenta segundos. Luis se sintió extraño. Formaba parte del grupo de espectadores y era protagonista. ¿Alguien haría una crítica de su actuación? ¿qué actuación? Todes estaban conformes con el final, que retomaba la escena del minuto 4 cuando El Gorro Verde se pierde al doblar la esquina. La charla siguió por otros rumbos técnicos que lo excedían. Por suerte solamente fue una media hora más. Mari, que estaba a su lado en el sillón, le dijo que había sido la encargada de revisar los subtítulos y ponerlos. Ella había escrito el texto original.

-Me encantó tu traducción.

- Gracias.

-Me gustó que no es literal, te tomaste algunas libertades que son una buena interpretación de la idea.

-Ah bueno, sí.

-¿Traducís poesía? porque tengo un libro que me gustaría hacer bilingüe.

Los demás seguían con sus colores y velocidades.

-Nunca traduje poemas, no sé si me animaría. Mis lecturas van más por el lado de la ciencia.

El diálogo se fue entretejiendo con otros participantes, estaban un poco amontonados y fue difícil aislar el tema de ellos dos. Se convirtió en un cruce de frases, preguntas, afirmaciones diversas sobre cuándo sería la próxima reunión, alguien quiere una cerveza, tengo dos tartas para calentar, en menos de quince días terminamos, voy a fumar al patio. Como en el video, las personas se amontonaban y se separaban. Volvieron a la charla interrumpida con otra dirección breve.

-¿La ciencia dijiste? porque trabajo como correctora en una editorial, contratan a menudo traductores, si querés te pongo en contacto. No sé si te interesa, si tenés trabajo, pero igual, averiguo, te aviso.

-Dale.

(A veces añoraba reparar triciclos. No, estuvo a punto de decir que la verdad era que extrañaba Londres. Pero tampoco. Porque Buenos Aires es una ciudad parecida. Extraño a la Tía, y cuando estaba allá ella estaba viva. No puedo engañarme con la idea de que ella está en otro país. No está. Qué sé yo dónde está.)

Le gustó ponerse de nuevo en contacto con un grupo donde discutir ideas, formar parte de un proyecto aunque fuera por poco tiempo. Quizás, pensó, después pueda seguir con ellos en algo. Al menos con Mari (¿Mariana, Marianela, María?) sí, por el asunto de las traducciones. Qué edad tiene, más o menos veinticinco. Están haciendo la tesis. Parece más joven por la sonrisa y más grande por la sonrisa.

Al día siguiente ella lo llamó. Se había movido rápido. Pasaba cerca, fui a saludar porque siempre es bueno insistir, así de forma presencial digo, y aproveché para preguntar por las... claro, ¿leíste algo de Poe?, bueno buscan alguien que sepa un poco de ciencias además de inglés para traducir Eureka. Es un ensayo, son unas cuantas páginas así que, no sé, tendrías que hablarlo vos, ja ja no te vas a hacer rico pero... en Plaza Central. Genial, te espero en la esquina de... Sí sí. Genial.

No conocía el libro. Buscó en el teléfono. En la unidad original de la primera cosa se halla la causa secundaria de todas las cosas, junto con el germen de su aniquilación inevitable. Me propongo hablar del Universo físico, metafísico y matemático; material y espiritual; de su esencia, origen, creación; de su condición presente y de su destino.

Recordó el encuentro sorpresivo con un trabajo, junto al Memorial de los animales en la guerra, cerca del Hyde Park. Estaba contento. El azar actuaba como un deus ex machina que lo levantaba de peripecias insostenibles. Miró algo más sobre Eureka y Poe. Un ensayo pseudocientífico, anticipo de la relatividad. ¡Guau! y dobló otra esquina, siempre con su gorro verde. Vio el bar. Mari le sonrió desde la mesa junto al vidrio. Se disponía a cruzar y ella le hizo la seña ya inusual de ¡ojo! con el índice de la izquierda y movió la otra mano en abanico. Sí, claro. Y miró hacia ambos lados. Dejó pasar un 404 salido del túnel del tiempo. A la velocidad del siglo pasado. Manejaba un octogenario de bigote. Un Peugeot igual había tenido el tío. Esperó que se perdiera en la cuadra siguiente. Estaba impecable salvo el paragolpes trasero doblado en un extremo. Cruzó. Mari le sonrió como si preguntara.

De chico salía a pasear en uno igual pero celeste, hacíamos unos recorridos incoherentes, se rio, persiguiendo desconocidos como si fuéramos James Bond. La excusa del tío era que tenía que probar alguna cosa, si estaba a punto, si los platinos, que se cargue un poco la batería, y nos subíamos los tres. La tía, era un ritual, me guiñaba un ojo y le decía ¡qué opio, che! Después yo era el encargado de elegir la víctima. Ese Renault 12, le gritaba. Y lo seguíamos durante una o dos horas sin importar adonde fuera. Con todas las técnicas de las películas, determinada distancia, dejar a otro auto en medio, pasarlo y seguirlo de adelante. Luis pidió café, Mari ya tenía agua sin gas.

-No, mis padres no son divertidos, nunca se les hubiera ocurrido hacer algo así de genial; tíos tengo pero viven en Israel. Sí, parientes de mi mamá. La más rara es mi abuela, ella siempre se salió de las reglas. No festeja navidad ni año nuevo, no va a votar aunque la multen. ¿Yo? No, nada que ver, salí bastante prolija.

-Vos decís, pero mirá que heredamos de todos lados. Un día, fue reloco, al que perseguíamos se le quedó el auto, y qué hizo mi tío, paró al lado y le preguntó si necesitaba algo. Se bajó y levantó el capó, salía vapor porque había recalentado así que estuvo como veinte minutos haciéndole reanimación.

- Ja ja ¿reanimación?

-Eso dijo el tío. Le completó el agua del radiador y estuvo ahí toqueteando unas mangueras para purgarlo. Mientras yo miraba como si el otro fuera a sacar una Luger, es una pistola de los nazis, o fueran a darse patadas de karate. Para mí el del Renault

12 era de la KGB. Mi tía prendió la radio, yo estoy con los ojos como huevo duro y ella escucha un programa de chismes.

-Qué flash, pasaste una infancia divina.

Una leve sombra debe haberle notado Mari porque él se quedó en silencio. Luis se recompuso. Sí, con mis tíos, dijo, y ella creyó entender. Un muchachito había entrado al bar vendiendo flores. Se detuvo junto a la mesa. Mari le compró un ramito. Qué lindas, dijo él retomando el diálogo, ¿qué son? No tengo ni idea, contestó, huelen bien, ¿olé? Sí, me gusta este perfume. Bueno, tomá, te las regalo.

Esa noche la llamó para contarle que había arreglado con los de la editorial. Calculaba que era un trabajo de dos meses, después podía haber más. Charlaron un largo rato. Le contó que había puesto las flores en un jarroncito con agua y que las había estado sosteniendo con una mano durante la negociación con Ernesto, el dueño. Se rieron.

-Fresias, las flores que me regalaste son fresias. Y... averigüé. Te debo un favor, ¿te gusta la pizza?- Era miércoles, quedaron para el viernes a la nochecita.

X

No había compañeros ni tareas en su oficina esa mañana, así que Marta aprovechó para navegar e imprimir. Encontró los datos sobre la historia de la ruleta rusa que le había prometido a Raúl.

Luego buscó “juegos”, seleccionó dos citas que le gustaron. Quizás sirvan para leer en algún momento de la reunión.

En un antiguo poema germánico, Ruodlieb, del siglo xi se relata un peligroso partido de ajedrez, entre un todopoderoso y un humilde soldado:

-Es una cosa terrible para un pobre hombre jugar contra un rey.

-No hay necesidad de tener miedo por eso, aún si nunca ganara no me enojaría, pero debes saber claramente que deseo jugar contigo, no me importa perder, quiero saber qué movimientos desconocidos harás.

Y la otra:

Dios quiso que los hombres tuviesen naturalmente muchas formas de alegría para que pudieran soportar las penas y los trabajos; los hombres buscaron distintas formas para que esas alegrías se cumplieran. Por esta razón hallaron variedad de juegos y trebejos con que se alegraron. (Alfonso el Sabio)

Las acomodó prolijamente en tres partes, pensó que al menos su amiga Iri, tan afecta a la lectura, se pondría contenta.

XI

El libro de poesías no era de Mari, como Luis había entendido; ella sólo quería empezar una colección bilingüe para la editorial. Les había propuesto la idea y le dijeron que en principio sí. Estaban en expansión pero sin exagerar. Trataban de ir pisando terreno firme.

-Y lo bueno es que me asegura trabajo para todo el año. Si él se animaba... claro que yo te ayudaría con la corrección final. Seis libros de no más de cien páginas, todas poetas. No, tres conocidas y tres casi desconocidas. Más otros seis de narrativa de autores consagrados que se vendan fácil. Y, ponéle, antología de cuentos de terror, fantásticos, etc.

Él sacó otras dos latas de la heladera y sirvió.

-Estos no son bilingües. Y sí, el tipo tiene que vender, tampoco puede hacer cualquiera, se le hunde el boliche. Seguro que después de Eureka podrías trabajar en mi proyecto.

La poesía no es lo mío, dijo él, mientras con una manopla ridícula de la tía, pájaros y flores rosadas, sacó una bandeja del horno.

-No importa, vos hacés la traducción y yo le doy forma. Igual no te creo, todos podemos leer poesía.

-Leer, sí, pero escribir... además pensá que la que regala flores sos vos. ¿Un día vas a ponerte de rodillas con un anillo de bodas en la mano, apuntándome?

-Y, por qué no. Podría ser. Sobre todo apuntándote.- Rieron sin estridencias. Ella bebió un largo trago de cerveza, él masticó una porción de pizza. Mari miraba para arriba, Luis hacia la mesa donde yacía el guante enorme para no quemarse.

Viró. Ya leí Eureka. Le contó que le había parecido fascinante. Pensé, de puro prejuicio, que iba a tener muchas referencias científicas, que es lo más me cuesta cuando leo libros sobre esos temas, pero no, es filosofía. No es ciencia dura sino metafísica. Puede ser, sí, que la metafísica también esté llena de tecnicismos pero no es el caso. Poe intuyó lo que se discute todavía hoy. Un genio. El fin de semana ya me mando con la traducción. Y... mirá, los suplementos de los diarios son buenísimos, traen cosas sorprendentes que se están descubriendo o investigando. También leo libros de divulgación o la parte entendible de los tipos grosos. Sí, están en el congelador, las latas de atrás creo que están bien frías. ¿Qué te sirvo, de anchoa no te gusta? Es mi especialidad. ¿No sos vegetariana, no? Qué boludo recién ahora pregunto. Ah, bueno, menos mal, pescado sí. A mí tampoco me gusta mucho la carne. Para un cumpleaños, no, creo que fue cuando terminé la primaria me regalaron Cosmos el libro de Carl Sagan y me volví loco. ¿No te gustó la serie? Porque viste la nueva, sí, a mí tampoco. La versión original estuvo buenísima, en vhs, del video club la saqué como

cinco años después o más, no me acuerdo. Mentira, mentira, el libro lo saqué de la biblioteca de la escuela, lo robé, por ahí lo tengo, ja ja nunca lo devolví. ¡Cuando Eratóstenes calcula la circunferencia de la tierra... fa! Mari la encontró en youtube y empezaron a mirar en el celular un capítulo. De los ochenta, dijo ella, qué bien hecha está. No tenía ni idea, la voy a ver. Rica la pizza, ¿la hiciste vos? Nati me mandó unas correcciones, sí, una versión nueva pero no tiene cambios, solamente un matiz con el color. Resalta el humo. ¿Qué rollinga? El que manejaba el dron. Ah, sí, Diego. No, no está más en el grupo, no sé qué quilombo hubo, un tema de plata me parece, porque él ponía el dron y después no sé qué pasó, dejó de cursar. Era medio raro. Luis le contó el asunto de los abogados que le proponían hacerle juicio a la que lo atropelló. Sí, dijo ella, podría haber sido él quien les dio copia de la grabación. Tal vez ese fue el motivo. Natalia no nos dijo claramente qué había pasado. Yo no estuve en todas las reuniones de trabajo, así que me enteré por otro. Porque como hice solamente el texto, apenas participé de la elaboración técnica. Lo mío es el guion. Sí, hice primer año de Letras, y un poco de segundo pero dejé, me pasé a cine. No, basta de alcohol, ja ja, gracias. Me tomé dos o tres latas, perdí la cuenta. Me tomaría un té. Dónde hay, ¿tenés? ¿En esta puerta? Te hago uno, de qué, hay de todo acá. Qué linda cajita. ¿De tu tía? Sí, la hizo el tío para ella. Qué grosso tu tío, arreglaba autos, hacía manualidades. Era muy callado, eso sí. La gorda hacía todo el gasto de la conversación, hablaba siempre, nunca le faltaba tema. Empalmaba una cosa con otra no sé cómo. Pero, vos sabés, no molestaba, era una música. Como una radio sin publicidades. Estaba al tanto de todos los crímenes, romances, incidentes internacionales y barriales. Podría haber sido escritora. Qué

lindo, en mi casa es al revés, parece una biblioteca: saludos e informaciones fundamentales, nada más. Hubiera estado bueno intercambiar, ¿no?, una semana acá, otra allá. Ahora, por lo que contás, tu tía era Sherezada. La de las mil y una noches. No lo leí. Mari empieza a contarle de qué se trata. Eso lo sé, pero nunca lo leí. Tengo helado en el freezer, un poco, ¿querés? Dale, sí, dejá que yo lo sirvo, el té que espere entonces. ¿Por qué dejaste Letras? No sé, muchas cosas. Quería leer y no ver tanta teoría. Me gustan las ficciones, los ensayos que sé yo. Aguanté dos años de cursadas y me aburrí. Después, por un amigo, hice un trabajo para la editorial y ahí seguí, de vez en cuando salía algo. Me metí en cine y me recopé pero no me daban los tiempos así que la fui llevando de a poco, este año con la tesis termino. Soy la más vieja del curso. Sí, claro, se nota, sos una anciana. Reíte, pero cumplo veintiocho. Uh, la tercera edad, ja ja; ¿y yo entonces?

Mientras él lavaba los platos, Mari despejó la mesa y llevó las tazas y los saquitos.

-Treinta y cinco cumplí.

Hirvió el agua justo cuando Luis estaba terminando de secar y guardar. Se sentaron, se hizo un silencio. Había que decidir. Es tarde, dijo ella, buscó el teléfono y pidió un uber. Él no la detuvo, sólo sonrió ¿Mañana o pasado nos vemos?

XII

Mari tenía el crudo. Luis también. Hablaron sobre sus opiniones. Natalia les había pedido a los integrantes del equipo que le pegaran una mirada final, para ver si estaban de acuerdo con la última versión del video o se les ocurría alguna corrección, agregado, quita, etc. A Luis le había llamado la atención la ausencia de autos (no lo había notado el día del accidente) y cómo la bicisenda se fue ocupando de gente para ver al caído. Hubo para eso una reunión, esta vez en el departamento de Natalia, que duró apenas una hora. Estaban conformes con el resultado. Faltaban solamente los créditos.

Los dos salieron juntos. Hacía ya un par de semanas que se encontraban a menudo para comer algo, ir a ver un corto del ciclo de cine regional y pasar la noche en la casa de él. Luis conocía los cuadros de Brueghel. Mari le dijo que para el proyecto que prácticamente habían concluido, Natalia les había sugerido que observaran ciertas obras del holandés y las vincularan con el por entonces futuro documental. Escenas de multitudes en vida cotidiana pintadas por el Viejo y el Joven, como niños jugando o una batalla entre el carnaval y la cuaresma. Fue una buena caminata hasta cruzar el puente y entrar al museo donde se exhibía El censo de Belén. Mari le explicó cuestiones técnicas que habían tenido en cuenta a la hora

de filmar y editar. A eso aludís en tu texto, dijo él. La mirada de un dios local, cercano, y un episodio sin épica, sino sencillamente las peripecias de la vida cotidiana y el azar. Qué memoria, sonrió ella. No es para tanto, no sé si recordás que lo tuve que traducir. Sí, claro, yo también soy memoriosa. Me gustan esas pequeñas escenas secundarias. Esos hombres que transportan bolsas, por ejemplo. Está lleno de historias. Me quedó pendiente algo que dijiste, sobre el azar. ¿Dónde está el azar? No sé, Luis, si está en el cuadro, pero seguro en el video, vos sos la mismísima prueba, sonrió imitando andar en bicicleta (las manos en los manubrios, el cuerpo bamboleándose). ¡Por eso me hicieron personaje! Pero no usaron a los del balcón, sacaron esa parte. ¿Por qué? Y... no agregaban nada, fue más interesante el detalle del que entra y sale del sex shop.

No está la escena del payaso con sombrero, Luis le dice a Mari que se le dio poca bola a esa escena que estaba en el crudo y si no recordaba mal apenas en el corte final (sin el balcón y el megáfono). Ella le dice que aunque vistosa no parecía natural sino forzada, ese hombre fue a actuar ahí, se puso un gorro y caminó según algunas pautas que le daban. En cambio tu participación, dijo burlona, fue natural. Y también la del pelado. Ya sabés que el proyecto era captar ese tipo de escenas. Además, los desplazamientos de la multitud alrededor de tu caída tienen dramatismo, arman el relato.

-¿En serio decís? ¿dramatismo yo? Ja ja. Una vida más plana no existe.

-Estuviste en Europa, fuiste James Bond, arreglaste triciclos...

-No me cargues. Es casi todo cierto pero hasta ahí nomás. Lo del espionaje, bueh, ya sabés; y en Europa propiamente dicha... solamente en Londres y tres días en Oporto. Las mayores aventuras fueron como mecánico de bicis. Eso sí.

-¿Por qué Oporto?

Luis disimuló sin éxito la sombra: Mis abuelos eran de ahí, tampoco (sonó fuerte ese tampoco) tampoco sé mucho de ellos, si vivían en la ciudad o en la zona rural.

Mari tomó un aparente desvío: -Yo hice constelaciones. Fue sorprendente. ¿No sabés qué es? Para mí fue revelador. Así como se hereda el color de ojos o el tipo de pelo de algún antepasado desconocido, pasa lo mismo con ciertos rasgos de la personalidad. No, no es como el horóscopo de las revistas. Es tu ubicación en el universo familiar. Una forma de psicoanálisis. Claro que hay chantas, como en todo, pero a mí me sirvió. Tener padres presentes y perfectos no es tampoco (otro tampoco fuerte), no es tampoco una garantía de felicidad.

El diálogo se fue diluyendo, apenas movido por la inercia.

-Es cierto, con la ciencia pasa lo mismo. Digo que hay chantadas cuánticas también.

- Los mentirosos se llevan puesta la homeopatía.

Sonrieron leves. Pensativos pero vinculados. Mari quería ver las fotos de Oporto (por algo fuiste, no lo dijo).

La conversación siguió un carril convencional ante las imágenes de la ciudad portuguesa. El río, las calles suben y bajan, la maravilla del puente. Ahí el dron fui yo, desde la rivera

veía el tren cruzando en lo alto, casas enfrente, barquitos abajo. No es la llanura donde el cielo te cubre, estás en el cielo. Breve silencio y cambio de tono. Esta es la foto que le mandé a la tía. Mari lo abrazó sin palabras y así estuvieron unos cuantos minutos inmersos en la vibrante transmisión silenciosa de mensajes. Los dos cuerpos apretados, de pie junto a la mesa donde se enfriaban las empanadas; ni un beso por el momento. Sólo las manos acariciando la espalda como en una danza imperceptible. Las cabezas fueron hacia atrás, a la vez, se miraron y luego volvieron a sus lugares con algo de paz. Sobraron tres de jamón y queso. No hubo más postre que una noche intensa.

A la mañana ella tomaba un jugo mientras recorría con los dedos, como pianista precaria, una seguidilla de cajitas de cds: ¿No están en youtube?

Él sacó un frasco de mermelada de la heladera: Algunos sí. La mayoría en inglés. Varios de esos los compré ahora en Londres. Connections es una serie que ya casi no se consigue. Es buenísima, tenés que verla.

-Bueno, otro día. Hoy no creo que nos juntemos porque tengo mucho trabajo atrasado y no traje la compu.

-Hay un capítulo que relaciona la peste del siglo xiv con la imprenta pasando por el lino y...

-Quedamos así, te llamo.

Hubo un beso, ella se fue. Luis juntó las migas, lavó el vaso, demoró un rato las manos bajo el agua caliente y salió a trabajar un poco. Eran solamente tres libros en lugares próximos, lo

haría caminando y luego volvería con la intención de seguir con la traducción aunque se demorará un largo rato. Encontró un prólogo y un estudio sobre el ensayo de Poe, muy interesantes.

El Big Bang como origen del Universo es el concepto en el que Poe más insiste a lo largo de su libro, y de hecho es el hilo conductor de todas las demás ideas que expone. Sorprendente pensamiento para un hombre de 1847. La primera teoría científica que presentaba un modelo del Universo en expansión apareció 70 años más tarde, en 1917. Y no fue hasta 1965, con la detección de una radiación de fondo generalizada en todas las direcciones del espacio, que valió el Premio Nobel a sus descubridores, cuando la ciencia reconoció que el Universo se formó a partir de la explosión de un superátomo primigenio donde estaba concentrada toda la masa y la energía hoy existentes. Tuvieron que pasar 118 años, y la tecnología evolucionar hasta las gigantescas antenas parabólicas de los radiotelescopios, para que la idea básica que Poe presentaba en su libro dejase de ser una patraña.

Otros de sus aciertos fueron:

#Que muchos de los cuerpos catalogados como nebulosas de nuestra galaxia por los astrónomos de entonces, no eran tal cosa sino otras galaxias situadas fuera de ella.

#Relacionar Tiempo y Espacio en un único concepto, algo que solamente Einstein en el siglo XX lograría imponer.

#Reconocer la gravedad como una fuerza capaz de propiciar el colapso de gigantescas cantidades de masa hacia un centro

común, y describir la existencia de los agujeros negros y su acción absorbiendo a otros astros.

#Aseverar que la estructura de la materia se basa en fuerzas de atracción y repulsión, algo sin sentido hasta que se supo que los átomos no son indivisibles, como sí se creía entonces, y que la naturaleza y el funcionamiento interno del átomo se debe a las cargas positivas y negativas de las partículas que los forman, la llave de la física subatómica.

Entre los conceptos, sin sentido en la época, expuestos por Poe, también hay algunos que hoy en día, no estando verificados, coinciden con teorías científicas. Las predicciones de Edgar Allan Poe respecto al futuro del Universo prevén una disminución progresiva de la velocidad de escape de las galaxias, frenadas por la gravedad, hasta que la expansión cese y se inicie el proceso inverso, con un paulatino colapso de los astros. Estas predicciones concuerdan con las de un sector científico actual, pero Poe iba más lejos. Él afirmó que el proceso final del colapso será una superpartícula, la "Unidad", y que una vez constituida se producirá otro nuevo Big Bang, y habrá otro universo, quizá con propiedades diferentes al actual, que volverá a colapsarse en la Unidad, y a estallar, cíclicamente, como los latidos de un corazón; sugestiva teoría la del universo cíclico, que también coincide con teorías actuales. Y para terminar su libro, Poe analiza a Dios, identifica su cuerpo con el Universo, y define su psique como la suma de las psiques de todos los seres vivos del Universo, desde los más elementales a los más complejos.

Seguro que se irán desmintiendo algunas de sus explicaciones, pensó, pero la historia de la ciencia está llena de negaciones. Que la tierra es el centro, que no. Va y viene, cada vez con más precisiones y cada vez con más dudas. Nada menos duradero que las teorías. Pero este tipo (Luis hablaba en voz alta, solo, señalando el libro), este loco trató de comprender el universo a partir de la reflexión metafísica y la observación de los fenómenos celestes, es impresionante. Es el grandioso mecanismo de la inteligencia (observación y relaciones) que usaron Eratóstenes o Einstein. Mirar el mundo sin prejuicios, establecer vínculos entre fenómenos coherentes y contradictorios, y encontrar la red que los conecta. ¡Las once y media! Peló una papa, puso un huevo a hervir, la palta ya estaba preparada. Había desayunado temprano. Amanecer de una noche agitada. Mucha hambre. Un pellizco al pan y un restito de queso para aguantar hasta que se alistarán los hervores. Su día transcurrió.

Llamó Mari a la noche, sonaba nerviosa. Él se lo dijo, ella le contó. No había podido avanzar casi nada con el trabajo, una de sus compañeras de vivienda había estado insoportable, a los gritos por teléfono, portazos, de todo, que llevaron a Rosi (eran tres las que compartían el departamento) a protestar. Todo fue subiendo y subiendo. No pude hacer nada.

-Mañana vení, traéte tu compu y listo. Después ves. A mí no me molesta, al contrario, estoy metido con lo de Poe, a lo sumo - se rio ostensiblemente como para animarla- me pongo a hablar en voz alta.

-Gracias, Luis. Bueno. Dale, veo cómo sigue acá. Estoy muy apretada con los tiempos. Antes te llamo, temprano a eso de las ocho, y te aviso.

Como puede, casi dormida, lee Mari en voz baja (intenta tapar con el murmullo las voces ásperas de sus compañeras discutiendo): Dijo, y de pronto, cual leve humo impulsado por las auras, se desvaneció ante los ojos de su amante, que en vano pugnaba por asir la sombra fugitiva y decirle mil y mil cosas; no volvió a verla nunca más, ni el barquero del Orco consintió que otra vez pasase el mancebo la opuesta laguna. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir habiéndole sido por dos veces arrebatada su consorte? ¿Con qué llanto podría conmover a los dioses infernales, con qué palabras a los númenes celestes? En tanto Eurídice, yerta ya, iba bogando en la barca infernal por la laguna Estigia.

Sus inseguridades parecieron ser derrotadas. Llegó con su mochila llena de papeles, la laptop, dos tartas (una de zapallo anco y ricota, otra de choclo). Quedaron a la espera el cepillo de dientes (ay, me olvidé) y algo de ropa.

-Hoy me levanté a las seis y media, mal dormida porque el griterío duró hasta las doce, y decidí escapar a la cocina. Si no te molesta me pongo a trabajar en cualquier rincón y después charlamos-. Lo dijo con toda la dulzura posible dentro de la tensión que traía y el compromiso que tomaba.

- Mejor- dijo Luis-, usá la mesa así podés desplegar las cosas, yo me arreglo con el sillón, estoy releendo.

Dos horas después Luis puso la pava para un té. Mari levantó la cabeza, se sentía raramente culpable porque él se había obligado a no hablar. Ella rompió el silencio.

-¿Vas a hacer té?

-Sí, ¿querés?

-Dale.

Ella acomodó los papeles en una pila. La mesa quedó despejada. Leyó en voz alta: “¡Ay de mí, infeliz, que el primer mal es tener que anunciar males!” Se había puesto de pie, seguía con el libro en la mano, ahora lo miraba a él.

- ¿Qué te parece? Cuando llega el mensajero y va a contarles que la batalla fue trágica y murió la mayoría de los jóvenes guerreros persas. De Esquilo. Cuando me dieron este trabajo pensé que me iba a dormir pero es impresionante.

-También podría formularse en positivo. Soy feliz porque anuncio hechos afortunados. Aunque lo trágico tiene más fuerza. ¿Y... te falta mucho para terminar?

-No, ¡ya está! Tenía que entregar esta parte. ¡Y acabo de mandarla!

-Buenísimo-. E impostando la voz y el gesto de antiguo actor griego: -Y la diosa dijo: ¡Os anuncio hechos afortunados: concluí la magna tarea en una mañana!

-Pavote.

-Bueno, retiro lo de diosa.

-Te mato.

-Y ahora, qué sigue, preguntó Luis. ¿Otro clásico?

-Otra parte. Son fragmentos de obras. Terminé con un pasaje de Virgilio donde retoma el mito de Orfeo, que va a buscar a su amada al Infierno. Es famoso porque habla de la importancia de la música. La rescata si no mira para atrás.

-Y no puede.

-¿Bajarías al infierno para salvarme?

-No sé, tendría que aprender a tocar la cítara.

XIII

Difícil saber si el contador relacionó las veleidades del agua con las del humo. Estaba pasando junto a la gran fuente de la rotonda, su padre hizo un comentario respecto al baile de las gotas y los chorros movidos por el viento. Luego vendría también la columna enloquecida de fuego, chispas y pequeño torbellino negro sobre la parrilla. Su hermano había regresado del viaje y cumplía con la promesa de reunión y asado. Media hora antes él había ido a buscar al anciano que según los cuidadores estaba listo desde las nueve, ansioso y fuertemente perfumado. Sucedieron entonces la pregunta ariete “¿es medio

tarde, no?”), los protocolos para levantarlo de la silla de ruedas, ayudarlo a sentarse y guardar el artefacto incordioso en el portaequipajes porque no cabía en el baúl, y también los comentarios alegres por estar afuera y observar otro paisaje. Llegaron y los chicos, como dice el abuelo, salieron de inmediato a recibirlos con afecto. Hacía mucho calor pero insistió en que lo llevaran a un metro de la parrilla, donde serían inevitables sus consejos y recomendaciones. Más fuego, no pinchar los chorizos, la tira está del lado del hueso, ¿no? Mientras bebía cerveza y comía unos quesitos.

Llamas en un lado y al otro las brasas bajo la carne. Siguió el humo con la mirada, se perdía unos metros allá arriba, deshilvanado.

Su hermano le había traído una pipa de brezo, madrileña. Dos gorras para el padre, una de verano, que se puso de inmediato, y otra gruesa y con forro para los días fríos. ¿No la vas a prender? Ordenó. Hay que curarla, pensó pero no lo dijo, y transigió asegurando que después de comer lo haría. Más humo al humo.

Por un momento se evadió de la conversación previsible. El hermano era asediado a preguntas sobre el viaje. El contador revivió el reciente paseo en auto y recordó el último paseo con su madre, con sus cenizas, sentadas en el mismo lugar. Sintió un ahogo, fácil de disimular entre tanta charla. Sus dos sobrinos mimoseaban al viejo, y su hermano parecía atento a la cocción de unas verduras que había sumado a la tira, los chorizos y el riñón. Tomó un trago de vino, y se incorporó a los comentarios sobre el mundo. Recuperó el aire.

El padre quería jugar. Pidió un jarro de aluminio con agua, lo puso en un rincón de la parrilla donde había fuego. Cuando empezó a hervir, sacó del bolsillo unas cápsulas de eucalipto (dónde las habrá conseguido) y las echó en el agua bullente. Contó a los nietos cómo hacía su madre para curarle los resfríos. Los jóvenes sonrieron condescendientes, conocían el procedimiento y lo habían padecido en su niñez con él y la abuela. Hubo vapor, junto al humo. Un matrimonio de partículas gaseosas con partículas sólidas, de aromas medicinales con nutritivos y apetitosos. Estiró ambas palmas y las hizo volar lentamente sobre la nube, luego las olió con deleite y finalmente se pasó las manos por toda la cara como si se la estuviera lavando. El contador, mientras lo observaba sin sorpresa, pensó que su padre estaba preparándose también para la muerte, con el mismo ritual que él venía elaborando desde hacía ya bastantes semanas. Sacó del bolsillo la pipa de enebro, le puso meticoloso el tabaco más áspero que había llevado, y la encendió, sin curarla. No era necesario, pensó. Las tres columnas sin detenerse en sus sutiles diferencias, se reunirían en una mezcla de perfumes que tal vez sinteticen el futuro.

Una reacción química antigua. Combustión que requiere materiales endurecidos, deshidratados por los siglos. Carbón, quebracho. Todo se atomiza y expande más leve pero con presencia. Una alteración.

Y el vapor como gotas. Agua diversa que se convierte en cascada hacia arriba, contraviniendo el orden del río que se precipita en bajadas y fosas.

Una lucha breve entre la pared gruesa del humo y la tersura del otro. Garras contra alientos. Sin embargo son las partículas del humo quienes reflejan la luz, no las del vapor.

Es extraño que el agua se vuelva apenas gas y el humo final tenga solidez. Tan difícil fotografiar la vida, la nube que exhala el hervor; en cambio la combustión genera partículas visibles. Se va yendo la experiencia, el momento es un fluido, mientras la chimenea crema los restos y perdura en el aire, hace contraste contra el cielo claro, es un granizo negro. Ahí está como bandera a cuadros indicando la meta. El vapor es solamente un recorrido.

El almuerzo se matizó con anécdotas repetidas. El viejo aprovechaba para hablar y hablar. Aunque el abuelo resistía y estiró los minutos con dos lentas porciones de helado, el café, una copita, había un horario y un final. La hora del retorno obligado. La tristeza de volver al geriátrico. ¿Cómo anda Irene?, preguntó; se resistía a aceptar el divorcio de su hijo. Unas horas antes, como para empezar bien el domingo, habían discutido por plata a los gritos hasta que ella le cortó abruptamente la llamada. Bueno, mándenle muchos saludos, dijo mientras subía en el asiento trasero con enorme dificultad, en claro contraste con la agilidad que había tenido cuando su hijo lo pasó a buscar al mediodía (lo había ayudado a ponerse de pie y se había sentado prácticamente solo). Viajaron en silencio. El recorrido por la vereda y luego el pasillo fueron interminables. ¿Venís el martes? Traéme un chocolate blando, que no tenga almendras ni esas cosas, y caramelos. El contador saludó, salió con alivio, estaba agotado, y con culpa.

Lo detuvo el semáforo, mientras mucha gente cruzaba por la senda, se sintió como si llevara en una valija dinero robado y entre los transeúntes estuvieran su padre y su hermano mirándolo con sorpresa. Tal vez los pájaros lo atacaran a picotazos, tal vez destruyeran el techo del auto. Pero no era un Aston Martin db2/4 gris de 1950. Y se distrajo (en clara huida emocional) tratando de recordar qué otros vehículos aparecían en las películas de su ídolo. Un mercedes 220 SE Cabriolet, con la muerte en los talones. Un Cadillac serie 62 convertible. Finalmente deseó escapar de la persecución de cinco tipos en un Citroen 11 legere, por la Costa Azul, con un Alpine Sunbeam de 1953. Podría cambiar su Chevrolet mediano, pequeñísimo en comparación, por un modelo gigante, a dos colores, con brillos y cueros, aletas de pez, pero no cabría en el garaje y traicionaría su natural falta de exhibicionismo. Era una norma no llamar la atención. Ningún exceso, la ropa siempre sobria y las costumbres modestas, ni siquiera fumar por la calle. Una vieja película sin colores.

Recordó su osada aventura al sex shop. Las multitudes que parecían observarlo, todos a él (rodeado de leds multicolores como cartel de teatro), la vergüenza y finalmente el orgullo del héroe que logra salir del terreno enemigo con el objeto recuperado. Unas esencias afrodisíacas para su cremación.

XIV

-Me ahoga el humo del sahumero –dijo al entrar.

-Es rico el perfume, ¿te hace mal? Lo apago- Respondió la dueña de casa desde el otro extremo de su departamento. Raúl había bajado a abrirle la puerta, por gentileza y para alejarse un poco del clima tenso. Las dos mujeres hablaban en voz baja sobre una discusión con el ex marido. “Un tacaño de mierda”, llegó a escuchar, y algo más sobre un viaje y las cuotas, pero de inmediato ella se contuvo, hizo un esfuerzo evidente y cambió la expresión. “No me va a arruinar mi día de diversión”, dijo para todos y las dos salieron con aire triunfal de la cocina con las tazas, el termo con café y una torta en prolijas porciones cúbicas.

-Eh, qué se festeja-. Se le escapó a Raúl, se dio cuenta pero las palabras ya estaban volando hacia los demás.

Todo quedó ahí. No eran un grupo de amigos, en todo caso se parecía más a un curso de idioma en el que se comparten no solo los estudios sino también algún comentario sobre la vida personal, una cena de fin de año e intercambio de opiniones muy medidas y educadas cuando hay elecciones. El tema era jugar entre adultos de modo presencial, no como los pibes –dijo una vez Carito- que pasan las horas con la play. Relajarse, evadir los problemas cotidianos, socializar, e incluso aprender. Esto último

de la mano de Marta que se encargaba motu proprio de buscar, cortar, pegar, imprimir en ratos ociosos de la oficina (en el reverso de hojas usadas, aclaró para que nadie dudara de su honestidad). Todos llevaban sugerencias, coordinaban para el siguiente encuentro y mudaban de sede, aunque casi siempre usaban las mismas porque Carito vivía en un monoambiente y a Trini le costaba demasiado ubicar a los chicos con los abuelos o la tía y que el esposo se fuera también a algún lado. En casa de Iri no había problemas, les quedaba cerca a todos, vivía sola en un departamento cómodo donde rara vez se quedaba alguno de sus hijos. Raúl y Marta también solían ser buenos anfitriones.

-Si querés aire puro, ahí está el balcón famoso, otra que el de la Casa Rosada. Desde acá, dijo mientras se asomaba, me mandaron las órdenes. Arriba, abajo, menos, otro paso. Sí que se divertieron conmigo vestido de yosapa entre la gente. Bueh, ¿hoy qué hacíamos?

-Ja ja, pobre Raúl, no te preocupes.

-Sí... pero tenemos las fotos para extorsionarte.

-Dale. Y al final no se decidió nada.

-Hagamos unas rondas de murra, que estuvo divino. Y después elegimos.

-Sí, tampoco es cuestión de tener todo taaan planificado.

La reunión sin embargo incluía unos minutos de aprendizaje. Todos podían traer algún dato interesante sobre juegos, su historia, leyendas, orígenes. La más aplicada era Marta, pero los demás también solían aportar un recorte periodístico, una

anécdota o recuerdo familiar (como el de los abuelos italianos a puro grito y dedazo), un video breve sacado de internet. En este encuentro la conversación derivó por otros rumbos, varios estaban cortos de tiempo por circunstancias imprevistas, y después de jugar un rato, y ya con más maña, a la murra o morra, “mi abuelo siempre dijo murra”, decidieron dejar para la semana siguiente el ajedrez y sus innumerables referencias. Mientras terminaban la torta y otra ronda de café, no se sabe cómo, surgió el recuerdo del perro que cayó de un edificio y mató a una persona. Rieron incrédulos, aunque Carito prometió conseguir recortes periodísticos que lo corroboraban. Raúl, con su chiste siempre al borde sino de la ofensa de la incomodidad, le preguntó a quién se parecía el perro. Le retrucó con un gesto, se pasó la yema del índice por la lengua y simuló anotar una raya en el aire. “Me debés una, eh, después no te quejes, tano”. El otro le palmeó la espalda aceptando la respuesta como quien canta envidia con treinta y le devuelven “la flor lo ha jodido”.

Alguien se puso de pie y llevó bandeja y tazas a la bacha, otro acomodó las sillas y todos se pusieron en marcha, salvo Trini que siguió su charla suspendida con la dueña de casa, mientras cerraba la puerta corrediza del balcón porque a esa hora empezaba a haber mucho ruido.

XV

¿Qué olor elegirían otros para su final? Alguien seguramente optaría por envolverse como momia en hojas de libros, fotos turísticas o familiares, imágenes religiosas, tal vez cartas antiquísimas de abuelos o novias, variados billetes o posters de sus ídolos, colección de figuritas, algún divertido probará si le permiten ser mezclado con fuegos artificiales. Papeles. Esa combustión de elementos tan dispares, esa elección de afectos o dinero, sin embargo despedirá al final el mismo olor desagradable de la tinta y el plástico. Partículas horribles desprendidas de los huesos y el petróleo (otros huesos) flotarían entre los árboles sin conservar ningún vestigio de esa cara sonriente de la fotografía ni de los dos o tres poemas que acompañaron por años al corazón ni los temas que el del póster cantó en vivo en aquel recital dionisiaco. Sólo papel chamuscado.

El contador, al menos, pretende elaborar una mezcla de esencias que, aunque leve en el tiempo, alegre el aire. Ya tiene el sándalo y el eucalipto, vainilla, canela y jengibre. Su desnudez y su dieta. Nada más que unas hojas y semillas como condimento sobre el cadáver. Quizás no lo haya pensado, pero seguramente lo saben sus fibras, que la muerte es un suceso eterno. De una vez, y para siempre. En su simplicidad religiosa no ha reflexionado en torno al más allá, sólo arma ese momento como si fuera el vencimiento de un crédito, la última cuota. El humo, entre los árboles del crematorio, tendrá un olor particular que él

irá preparando en la retorta mágica del cuerpo. Y ya encontró la última esencia con un gran esfuerzo para doblegar su vergüenza; dónde si no conseguir el afrodisíaco. Nadie se habrá dado cuenta, en la multitud como marea, del enrojecimiento de su cara. Pero ya estaba hecho y lo valoró como un triunfo heroico que lo comprometía aún más con el objetivo extraño que se había propuesto. Él, tan solitario y tímido, haría algo por los demás en esa hora posterior a su hora. Haría lo mismo, no llamar la atención, confundirse con el paisaje.

XVI

Lo conocía. Seguramente había tenido el pelo largo y no esa cabeza afeitada, y esos anteojos. El otro lo miró, por qué, porque también lo ubicaba o porque él lo había mirado casi obsesivamente. Lo sabía, le había ocurrido tantas veces ya. En un primer momento no se daba cuenta y sólo trataba de recordar de dónde, pero luego notaba que, como le pasaba a menudo, ese aspecto familiar no correspondía a ningún vecino, compañero de la infancia o similar sino a uno de los cada vez más reducidos isotipos en los que él aglutinaba un número creciente de personas. Con el correr de los años, su memoria visual se había ido concentrando en una síntesis; primero le encontraba parecido a algunas personas con artistas de cine, luego a determinados artistas entre sí; ahora, había llegado a resumir las posibles semejanzas en cuatro o cinco carpetas mentales en las que cabían

todos los rostros con los que se cruzaba en su vida. Y, hecho que le resultó muy curioso, percibía a los integrantes de una pareja como dos versiones del mismo molde. Lo atribuyó a que la larga convivencia produce un contagio de gestos, la manera de sonreír, de mover los brazos, el tono de la voz, modulaciones varias que los años emparentaban. Luego, pensó una vez, como una gran ola se van irradiando esas maneras igualadoras hasta que toda una sociedad las adquiere. De ahí en más, su don de memoria esencialmente visual lo convirtió en un experto en ubicar el variado catálogo humano en pocas imágenes.

Llega al departamento, bajan a abrirle la puerta:

-Hola Carito.

XVII

En plena madrugada lo despertó un ardor en el pecho, esperó cuanto pudo y fue a la cocina por un vaso de agua con abundante azúcar. El hiato, pensó. No comí nada picante. Se durmió de nuevo hasta pasado el mediodía.

A eso de las cinco de la tarde volvió un dolor fuerte que se le extendía también por el brazo y el cuello. Trató de mantener la calma pero no aflojaba. Decidió llamar al médico de emergencia. Todo se precipitó, se ahogaba, llamó también a la ambulancia.

No pudo comunicarse con su hermano, seguramente tenía el teléfono apagado. Con esfuerzo se vistió de calle y buscó la billetera con el carnet. Afortunadamente en el bolsillo del saco tenía unas hojas de eucalipto que le hicieron sentirse acompañado, casi protegido. Sabía que lo llevarían a la clínica. El médico le hizo unas preguntas mientras le tomaba la presión y el ritmo cardíaco. Ya en la ambulancia se le pasó el miedo. Había aflojado un poco el dolor, ahora era taquicardia y mareo. En una salita impecable le hicieron un electrocardiograma. No es grave, pero hay que ver qué pasa con las enzimas. Daban un noticiero amarillo y se durmió. Algún sedante, seguramente, lo libraba de imágenes pavorosas que llegaban desde el otro lado del mundo, poco recomendables para un internado. Avanzada la mañana apareció el cardiólogo, con unos papeles. Le explicó que todo parecía ser alguna arteria tapada. Le harían un estudio de inmediato. Dos horas después le inyectaron un líquido espeso y lo llevaron a una sala blanca, muy despojada, donde le hicieron un ecocardiograma de contraste. Anuló el tiempo con recuerdos de la última de Hitchcock que había vuelto a ver. “Un líquido le va a circular por las arterias para saber cómo estamos. No duele, se elimina rápido”. Así fue, efectivamente. Duraron más los preparativos. Regresó a la habitación y afortunadamente le llevaron la cena, un trozo de pollo pálido y un puré al tono. Agua. La doctora Constance Petersen, la hermosa Ingrid Bergman, le preguntaría por sus sueños. ¿Leerían juntos El laberinto del complejo de culpa? Le dieron unas pastillas, se durmió rápido. “Es bueno que descanse, que se relaje”. No hubo ojos cortados por tijeras, ni ruedas arrojadas desde techos nevados. Pero sí vio soles que lo miraban, rayas desprolijas que lo asustaban como al falso doctor Edwardes, mientras Brulov

dejaba su pipa para decirle que en realidad su claustrofobia era un viejo laberinto del complejo de culpa. Algo que había hecho o que creía haber hecho en la niñez lo ahogaba, lo metía en un túnel del que sólo saldría escapando por la chimenea.

Un día más, una noche más. Llegó su hermano. No le soltó la mano en la media hora de visita.

-Hablé con el médico, es un taponamiento de una arteria, nada grave, te ponen un stent y de vuelta a casa mejor que antes.

¿Qué te pasó, viste un mantel arrugado?- El contador le sonrió, tuvo miedo de morir, pero no se lo dijo. No exactamente de morir sino de verse impedido de llevar a cabo su plan. Había creído que tenía un par de décadas para lograr el aroma último. Y esta sorpresa lo había vuelto al mundo real, lo había hecho chocar contra los rayos y los meteoritos imprevisibles. Temía despertar en un cajón bajo un metro de tierra. Pero no se lo dijo esta vez.

Efectivamente la operación fue sencilla, inmediatamente se sintió mejor, más joven, con más energía. El hermano le dijo que al padre no le habían contado, “total salís en breve y te hago un asadito de verduras, ja ja”. En pocos días seguramente volvería a su casa y a su pipa prohibida por todos los médicos, a los perfumes y la renovación del proyecto thanático con sus esencias afrodisíacas y gastronómicas. La primera noche descorcharía un vino para grandes ocasiones y se tomaría media botella. Sería Gregory Peck vuelto John Ballantine, feliz, a punto de subir con ella al tren, lejos de la terrible casa de juegos imaginada por Dalí para la película, nunca más observado por ojos gigantes que le recriminaran verse tentado por esas mujeres semidesnudas. Pero

a las cuarenta y ocho horas empezó la fiebre. Como no remitía, lo llevaron a otra habitación. Preguntó por su hermano. El doctor le contestó con evasivas, por el momento no eran aconsejables las visitas. Se sentía ahogado. Cuando finalmente le pusieron la máscara de oxígeno, supo que no saldría de allí y lo entristeció ver traicionado su plan, que no lo dejaran terminar como había deseado, envuelto en sus aromas para que el aire tenue, aunque solamente fuera por unos momentos, se impregnara de su humo.

No habrá el jazmín empalagoso mezclado con menta, hierbabuena, lavanda o albahaca, ni eucalipto, canela, almizcle, tampoco sándalo, ni la rosa de Bulgaria cuya esencia usó Cleopatra en velas de perfume afrodisíaco. Ni siquiera vainilla o jengibre. Hace días que no huele, como castigo de algún dios malvado ha perdido el olfato antes que la conciencia. Por momentos inmerso en la fiebre ve la soledad del techo blanco, recuerda la pipa madrileña que le regaló su hermano. Oye los pasos acolchados de médicos o enfermeros inidentificables con ese atuendo de astronautas o científicos en Chernóbil. Tres días más tarde, muere. Su vocación de ser humo será cumplida sólo a medias, sin ceremonia ni aromas especiales.

XVIII

La raya de su culo se hizo viral. Cómo lo gastaron por las redes y en el acotado mundo real del encierro. Cada vez que pasaba por detrás de él, Mari le bajaba o amagaba, con el dedo índice, deslizarle un poco el pantalón junto con el calzoncillo hasta el nacimiento de (así se lo decía ella para completar la gracia) “la hendidura vertical glútea”. Incluso había resultado para ambos como una señal de código sexy con sonrisa de invitación que siempre tenía consecuencias por el encierro y la convivencia novedosa.

Duraba poco, convenientemente, porque le daba más circulación y efecto. Se lo veía cayendo atropellado (2 segundos), desparramado (otros dos) y con la raya explícita casi veinte (entre movimiento e imágenes precisas congeladas de su culo semiaireado), luego paneo del dedo al cartel del Sex shop, el pelado de espaldas entrando encogido, corte y el pelado saliendo con la cabeza gacha y la cara no identificable. Final épico en escorzo de cuerpo completo, ralentando el recorrido en el obvio canal y en el dedo entre acusador y solícito.

-Fue el turro del rollinga- dijo Luis-, estoy seguro de que él se los vendió a los abogados y como no les di bola, armó esto para joder y lo subió a las redes. Mis veinte segundos de fama.

-Veinte segundos visto miles y miles de veces. Saliste lindo. Sos como una estatua de prócer que en lugar de señalar el futuro o el cielo, apunta al negocio de sus sueños.

-Sí, guacha, reíte. Te quiero ver a vos ja ja. Te faltó decir que evidentemente me fue muy mal en la batalla. Un Che al revés.

-Claramente al revés.

XIX

-¿Somos cuatro no más?

-Carito me avisa que no se puede conectar.

-¿Vieron el video que compartió Diego? El del tipo caído... que se le ve la raya del culo.

-No vino más Diego-dice Marta-, ¿por zoom tampoco?

-¡El viejito en el Sex shop! ¡Por favor!

Raúl sacude los brazos pidiendo atención y les dice que está en calzoncillos, hace una larga pausa, suspenso, enfoca, apenas baja, pero al final mueve la cámara rápidamente y se ve un piyama celestino y pantuflas con pompón.

-¡Qué elegancia, tano!

-No, sí, sí. –Contestan a la vez.

-Yo vi uno de gatitos que miran un partido de tenis- mueve la cabeza imitando-, después se los paso, está buenísimo.

Hay un momento de caos. Alguien se queda congelado, uno en negro, otro sin sonido. Trini empieza a retar a sus hijos que no están a la vista pero se los oye pelear. Con idas y vueltas, entre puteadas, risas y comentarios se va recomponiendo el grupo.

-No sé si vamos a poder jugar a algo.

-Bueno, igual, un poco de diversión para pasar el encierro.

-Esto es como asomarme al balcón, por momentos me están mirando todos los chusmas del edificio de enfrente, ja, ahora bajo la cortina.

-¿Qué video, el del tipo que se cae de la bicicleta?

-Hooola.

-Acá estoy por fin.

-Buenaas, ¡Carito!

-¿Viste el video, Carito? ¿A quién decís que se parece el pelado? Ja ja.

-Sí, el viejito porno.

-A Churchill, a Hichtcock, a... a mi dentista, al ministro de turismo.

-¿Iri, no decís nada?

Irene lo observa con detenimiento, está enmarcado por los leds de la vidriera, se da cuenta pero no dice nada. Mientras sus compañeros de juego ríen y hacen comentarios ahora sobre el culo al aire del atropellado, ella reconoce a su excuñado con

campera marrón, buen tipo, callado, serio, algún vicio tenía que tener, sonríe. Los chicos siempre lo quisieron. Un hombre prolijo, qué será de su vida.

XX

-¿Era 30 de alcohol y 70 de agua la proporción? ¿O al revés?

-30 de alcohol y 70 de agua- dice él y hace una pausa teatral, sonríe sabiendo qué ocurrirá- y obtenés casi 100.

-Sí, qué chiste viejo, ya lo sé, ya sé adónde vas, cachichien, ¿cómo se dice noventa y nueve en chino?, pavote.

-No. No suma cien. No, no da 100 porque hay moléculas grandes y chicas y se acomodan como pelotas de futbol y de tenis.

-¿?

-Mirá- Luis llena con las seis naranjas una jarra.- Acá no entraría más nada. Pero si abro un paquete de arroz se van acomodando los granos entremedio...

-Ah, claro. ¡Cachichien! Ya. Te aprovechás de mi ignorancia científica. En la escuela las únicas materias que me costaron mucho fueron química y física. Por ahí no tuve un profe como vos.

-No te burles.

-No, en serio. Ayer me encantó lo de las fotos del vapor, que no hace sombra. Y el humo sí porque tiene...

...partículas.

Estaban sentados a la mesa, en las cabeceras, uno frente a otro con sus laptops y papeles desparramados, trabajando. De vez en cuando hacían algún comentario, una consulta, pedían opinión.

Mari preguntó a boca de jarro: ¿Te molesta... (se señaló a sí misma) la cuarentena?

-No necesito que me obliguen a estar con vos. Quiero estar con vos, cuarentona.

-A este paso voy a tener cuarenta cuando termine este trabajo. ¡Ah!- hizo una morisqueta de gestos exagerados-, me encanta estar acá, que pasemos este encierro juntos. No sé por qué muevo los brazos así, por ahí me dio vergüenza decir lo que te dije.- Se puso de pie, bordeó toda la mesa, se paró detrás de Luis y lo abrazó, ambos mirando la laptop de él:

-¡Terminaste Eureka!

-¡Eureka!

-Ahora vamos por las poesías.

Este libro fue impreso en “La Imprenta Digital SRL”

www.laimprentadigital.com.ar

Calle Talcahuano 940 Florida, Provincia de Buenos Aires

En el mes de noviembre del año 2021